

RECONSTRUIR

Editorial

Acciones conjuntas

Dr. Alex Comfort

El Estado y la conducta humana

Luis Di Filippo

El humanismo universalista de Rabindranath Tagore

Diego Abad de Santillán

De la crisis contemporánea y de sus soluciones

Paul Landy

Dictadura y corrupción

Notas Críticas

Jorge Ballesteros: Biografía patria

Antología

Páginas magistrales de Rafael Barrett

Archivo

Prof. Frank Tannenbaum: Estados Unidos y América Latina

Calendario

Rudolf Rocker: 7 de Enero de 1911, muerte de Pedro Gori. Jacinto Cimazo: Febrero de 1937 y Enero de 1938, dos Congresos de la C.N.T. española

16

ENERO
FEBRERO

RECONSTRUIR

revista libertaria

aparece bimestralmente

Buenos Aires

Enero-Febrero de 1962

Editor responsable:
Fernando Quesada

Administrador:
Roberto Cúneo

Consejo de redacción:

Gerardo Andújar
Luis Danussi
Jacobo Prince
Fernando Quesada

RECONSTRUIR es una publicación amplia, tanto en sus inquietudes sociales como en el criterio que aplica para la selección de los materiales que contiene. Por lo tanto, no comparte necesariamente las opiniones vertidas en ellos.

Suscripciones

simples:

República Argentina
anual m\$ns. 120.—

Otros países

anual u\$s. 2.—

de apoyo:

República Argentina
anual m\$ns. 200.—

Otros países

anual u\$s. 4.—

números atrasados:

m\$ns. 20.— cada uno.

Valores y giros:

Editorial Reconstruir
Casilla de Correo 320
Buenos Aires
Argentina

Impreso en
Amé. icoler
Tucumán 353

Si usted ya es suscriptor, ofrézcale este formulario a un amigo.

Sr.
Calle

No

Localidad

Solicito enviar GRATIS un ejemplar de RECONSTRUIR a:

SUBSCRIBIENDOSE A LA MISMA.--

0000000000

INDICARNOS LOS DATOS DE ALGUNA PERSONA A QUIEN ENVIARLE GRATIS UN EJEMPLAR.--

AYUDENOS A AUMENTAR EL NUMERO DE SUSCRIPTORES
Si Vd. considera que la labor que realizamos al editar la revista RECONSTRUIR merece ser apoyada, le pedimos que lo haga. Puede hacerlo de la siguiente manera:

Editorial

Acciones Conjuntas

En defensa de la libertad, de la justicia, de la dignidad humana, es imperioso movilizar todas las voluntades y fuerzas que sepan apreciar debidamente la vital importancia de tales valores y estén dispuestas a librar infatigable batalla por ellos. Por encima de diferencias ideológicas y partidistas, una decidida acción conjunta permitiría, entre otras cosas, enfrentar con eficacia las agresiones y los peligros que el autoritarismo y el totalitarismo representan en nuestro tiempo.

Sabemos bien que los grandes y graves males sociales requieren soluciones de fondo que modifiquen la estructura actual en lo económico, en lo político, en lo moral. Pero estamos convencidos que lo inmediato y urgente es evitar que se vayan cerrando los caminos para el pensamiento y la acción de cuantos aspiran a realizar, de una u otra manera, una labor progresista en beneficio de la colectividad.

En una época de incremento del estatismo, de ceguera y avaricia de las clases privilegiadas, de intensa prédica y acción totalitaria, de desvirtuación del movimiento obrero organizado, de vigencia de leyes represivas que afectan derechos fundamentales, de inestabilidad político-social y de latente amenaza de salidas de fuerza proclives al desenlace dictatorial, es indispensable poner en la balanza de los acontecimientos la mayor suma de fuerzas populares sanamente orientadas.

Según sea la naturaleza de los objetivos coincidentes y el campo de acción en que se desarrolle, la mancomunidad de esfuerzos puede abarcar personas, núcleos, partidos, organizaciones sindicales y agrupaciones de la más diversa índole. Condición básica ha de ser en todos los casos que cada participante conserve su independencia y libertad de acción específica, que nadie especule en favor del interés propio de su sector, que todos sumen sus afanes y esfuerzos con lealtad y limpieza de miras para cumplir compromisos libremente pactados para fines bien definidos.

Innumerables son las variantes y modalidades que pueden concretarse para la acción conjunta: desde grandes campañas de alcance nacional e internacional, hasta modestas realizaciones circunscriptas al orden local, de una organización, un sector vecinal, etc.; desde vastas acciones de resistencia, protesta o reivindicación de interés general, hasta creaciones y experiencias parciales de tipo económico, cultural, artístico o en cualquier otra actividad útil.

Valiosas experiencias enseñan que la acción conjunta y solidaria puede brindar excelentes resultados, no sólo porque pone en juego una suma de fuerzas que aisladamente poco a nada podrían hacer, sino porque tiene la virtud de educar para la convivencia, la tolerancia y el respeto mutuo, demostrando en los hechos la aptitud de las partes más conscientes del pueblo para defender sus derechos y materializar sus aspiraciones mediante su propia gestión.

Urge interesar en la aplicación del procedimiento a cuantos sientan la responsabilidad de la hora que vivimos y sean capaces de comprender lo deleznable del interés partidista o personal frente a las grandes posibilidades del trabajo mancomunado. A los trabajadores que anhelan sanear

RECONSTRUIR

revista libertaria
aparece bimestralmente

Buenos Aires
Enero-Febrero de 1962

Editor responsable:
Fernando Quesada

Administrador:
Roberto Cúneo

Consejo de redacción:

Gerardo Andújar
Luis Danussi
Jacobo Prince
Fernando Quesada

RECONSTRUIR es una publicación amplia, tanto en sus inquietudes sociales como en el criterio que aplica para la selección de los materiales que contiene. Por lo tanto, no comparte necesariamente las opiniones vertidas en ellos.

Suscripciones

simples:

República Argentina
anual m\$n. 120.—

Otros países

anual u\$s. 2.—

de apoyo:

República Argentina
anual m\$n. 200.—

Otros países

anual u\$s. 4.—

números atrasados:

m\$n. 20.— cada uno.

Valores y giros:

Editorial Reconstruir
Casilla de Correo 320
Buenos Aires
Argentina

Impreso en
América
Tucumán 353

Si usted ya es suscriptor, ofrézcale este formulario a un amigo.

Sr.
Calle

No

Localidad

Solicito enviar GRATIS un ejemplar de RECONSTRUIR a:

INDICARNOS LOS DATOS DE ALGUNA PERSONA A QUIEN ENVIARLE GRATIS UN EJEMPLAR.—

0000000000

AYUDENOS A AUMENTAR EL NUMERO DE SUSCRIPTORES
Si Vd. considera que la labor que realizamos al editar la revista RECONSTRUIR merece ser apoyada, le pedimos que lo haga. Puede hacerlo de la siguiente manera:

SUSCRIBIENDOSE A LA MISMA.— SI YA ES SUSCRIPTOR, HACER UNOMAS.—
INDICARNOS LOS DATOS DE ALGUNA PERSONA A QUIEN ENVIARLE GRATIS UN EJEMPLAR.—

Editorial

Acciones Conjuntas

En defensa de la libertad, de la justicia, de la dignidad humana, es imperioso movilizar todas las voluntades y fuerzas que sepan apreciar debidamente la vital importancia de tales valores y estén dispuestas a librar infatigable batalla por ellos. Por encima de diferencias ideológicas y partidistas, una decidida acción conjunta permitiría, entre otras cosas, enfrentar con eficacia las agresiones y los peligros que el autoritarismo y el totalitarismo representan en nuestro tiempo.

Sabemos bien que los grandes y graves males sociales requieren soluciones de fondo que modifiquen la estructura actual en lo económico, en lo político, en lo moral. Pero estamos convencidos que lo inmediato y urgente es evitar que se vayan cerrando los caminos para el pensamiento y la acción de cuantos aspiran a realizar, de una u otra manera, una labor progresista en beneficio de la colectividad.

En una época de incremento del estatismo, de ceguera y avaricia de las clases privilegiadas, de intensa prédica y acción totalitaria, de desvirtuación del movimiento obrero organizado, de vigencia de leyes represivas que afectan derechos fundamentales, de inestabilidad político-social y de latente amenaza de salidas de fuerza proclives al desenlace dictatorial, es indispensable poner en la balanza de los acontecimientos la mayor suma de fuerzas populares sanamente orientadas.

Según sea la naturaleza de los objetivos coincidentes y el campo de acción en que se desarrolle, la mancomunidad de esfuerzos puede abarcar personas, núcleos, partidos, organizaciones sindicales y agrupaciones de la más diversa índole. Condición básica ha de ser en todos los casos que cada participante conserve su independencia y libertad de acción específica, que nadie especule en favor del interés propio de su sector, que todos sumen sus afanes y esfuerzos con lealtad y limpieza de miras para cumplir compromisos libremente pactados para fines bien definidos.

Innumerables son las variantes y modalidades que pueden concretarse para la acción conjunta: desde grandes campañas de alcance nacional e internacional, hasta modestas realizaciones circunscriptas al orden local, de una organización, un sector vecinal, etc.; desde vastas acciones de resistencia, protesta o reivindicación de interés general, hasta creaciones y experiencias parciales de tipo económico, cultural, artístico o en cualquier otra actividad útil.

Valiosas experiencias enseñan que la acción conjunta y solidaria puede brindar excelentes resultados, no sólo porque pone en juego una suma de fuerzas que aisladamente poco a nada podrían hacer, sino porque tiene la virtud de educar para la convivencia, la tolerancia y el respeto mutuo, demostrando en los hechos la aptitud de las partes más conscientes del pueblo para defender sus derechos y materializar sus aspiraciones mediante su propia gestión.

Urge interesar en la aplicación del procedimiento a cuantos sientan la responsabilidad de la hora que vivimos y sean capaces de comprender lo deleznable del interés partidista o personal frente a las grandes posibilidades del trabajo mancomunado. A los trabajadores que anhelan sanear

de vicios y deformaciones a sus organismos sindicales. A la juventud estudiosa, que diera tantas muestras de sus nobles inquietudes en su trayectoria y desea recuperar sus centros y federaciones de manos de reaccionarios y totalitarios. A los intelectuales, artistas, profesionales, técnicos, educadores, científicos, que saben que el espíritu y la razón se enaltecen sólo en la libertad y siendo sensibles a las aspiraciones del pueblo.

Podría así enfrentarse con éxito a la reacción que pretende el retroceso social, la dogmatización de la enseñanza, el afianzamiento de los privilegios oligárquicos, el dominio clerical, la represión antiobrera. Y sería posible una vigorosa oposición a un oficialismo que aumenta el arsenal de leyes de excepción, desarrolla una política económica que agrava las penurias de los trabajadores y sectores modestos; opera demagógicamente para continuar en el poder y se entrega a las fuerzas históricamente regresivas.

Una labor persistente en los diferentes medios, permitirá ir neutralizando e incluso desalojando a los elementos regresivos y totalitarios de sindicatos, organismos estudiantiles, sociedades vecinales, instituciones culturales y demás entidades de formación popular, encauzando sus inquietudes y realizaciones por vías de efectiva superación y progreso. Entre todos se podrá trabajar para mejorar las condiciones económicas, culturales, sanitarias, edilicias y otras de importancia para la población y dar impulso a las organizaciones cooperativas y de gestión directa, animando siempre la participación activa de cada vez más numerosos sectores del pueblo.

Sumando voces y coordinando fuerzas será también más fácil actuar contra dictaduras como las imperantes en España, Portugal, Paraguay, Nicaragua, etc., ayudando a quienes dentro y fuera de esos países luchan por la liberación de sus pueblos. Y poner especial acento en la batalla contra la barbarie y las mentiras del régimen castrocomunista que frustró las esperanzas del pueblo cubano y de todos los pueblos de América.

Una preciosa herramienta está, pues, a nuestro alcance. Utilizarla no implica que deban renunciar a sus principios y finalidades quienes reúnan sus fuerzas para objetivos como los señalados, y para otros que las circunstancias impongan en cada caso. Se trata de poner al servicio de exigencias imperiosas y de iniciativas de carácter constructivo, la inteligencia, el entendimiento y el vigor necesarios para que las coincidencias fructifiquen rápidamente. Serán entonces los propios frutos, el mejor estímulo para nuevas empresas, cada vez más amplias y profundas en su dimensión humana.

El Estado y la Conducta Humana

Por el doctor Alex Comfort

Hemos crecido con el Estado. En todas las sociedades civilizadas occidentales de que tenemos conocimiento ha existido, y los intentos de descubrir el primer punto en que apareció el gobierno en la sociedad humana nos llevan más allá de los registros históricos, a un campo de interferencias y de adivinación. De hecho, la búsqueda de tales comienzos plantea una cuestión que no estamos en condiciones de responder: las sociedades primitivas que existen con el mínimo de gobierno parecen a menudo representar un alto estado de desarrollo y una respuesta a las condiciones locales, más bien que un estadio en la evolución de sociedades más complicadas. No sabemos aún bastante de la sociedad que existe entre los primates¹ para poder sacar conclusiones de su conducta y es dudoso hasta qué punto las observaciones sobre los animales inferiores nos ayudarían a comprender la conducta más compleja de los hombres.

Cada período de historia ha tenido ideas características acerca de la función del Estado. Tales teorías y sus consecuencias constituyen la base de nuestra clasificación histórica. La institución precedió a los intentos de justificarla. Muchas de estas teorías son las racionalizaciones de hombres que reconocieron su utilidad o no vieron manera de pasar por alto sus defectos. El Estado las precedió, pero se ha visto profundamente alterado por las opiniones. En nuestro propio siglo ha acometido un vasto campo nuevo de actividad de organización y planeamiento, y la teoría se ha expandido para abarcar el cambio.

La mayoría de los filósofos del Estado han comenzado su argumentación a partir de un hipotético "estado de naturaleza" sobre el cual, con el crecimiento de la civilización, ha sido impuesto el gobierno. La filosofía del Estado precedió a la tradición cristiana, pero desde que la influencia de los filósofos griegos desapareció durante largo tiempo, y reapareció en el Renacimiento para moldear la moderna democracia liberal, el pensamiento político ha sufrido una serie de fluctuaciones basadas en su estimación del hombre. Lo que tiene en común la tradición democrática es su creencia de que el Estado constituye un mecanismo por medio del cual puede modificarse la conducta humana. Los cambios del pensamiento político son todos cambios de nuestras interpretaciones acerca de la naturaleza e impulsos de los individuos. Para Hobbes, son inconcebibles las culturas sin autoridad, porque la autoridad es la única garantía de la seguridad. Para Locke, el hombre es social y posee una ética biológica instintiva, en el sentido de que "nadie debe dañar a otro en su vida, su salud, libertad o posesiones"; existen aquellos en quienes esta pauta es defectuosa, y el Estado es la unión de la mayoría sociable para reprimirlos. "Así; en el estado de naturaleza un hombre cruza hacia otro con un poder (...) pero sólo para retribuir (...) en la medida en que la tranquila razón y la conciencia dictan lo que es proporcionado a la trans-

¹ Ver S. Zuckerman, *The social life of Monkey and Apes* (Kegan Paul, 1932); G. H. Seward, *Sex and the Social Order* (McGraw Hill, 1946).

gresión"². Para Rousseau, un intenso odio personal hacia la coerción y una profunda convicción de la innata bondad del hombre no fueron fundamento suficiente para rechazar el Estado, tanto como para fragmentarlo lo más posible. Si los hombres tienden a ser innatamente buenos y han sido traicionados por aquellos a quienes, en su generosa inocencia, designaron para representarlos, entonces, cuanto mayor sea la participación en el gobierno, mayor será la protección de la comunidad contra los individuos anormales y agresivos. "Quienquiera rehuse obedecer a lo general se verá compelido a hacerlo por el cuerpo como tal"³.

"Estos tres filósofos han sido ampliamente citados en nuestra propia época, aunque no todos por las mismas personas. Hobbes, que lucha con el problema perenne de cómo usar la fuerza para preservar la paz en vez de para perpetrar la guerra, tiende a ser citado por el político práctico enfrentado hoy con el mismo problema en la mayor escala que puede darse en este mundo. Locke... se ve favorecido por los abogados; en tanto que la llameante pasión y las abstracciones metafísicas de Rousseau han hecho de sus sonoros epigramas y paradojas la inspiración al mismo tiempo del idealista social y de una escuela filosófica que ha tomado el mismo nombre"⁴.

Del todo diferente era el punto de vista de la ortodoxia católica de que el hombre, habiendo rechazado el gobierno de Dios, debe estar necesariamente sujeto al gobierno del hombre, aunque sólo para mantener unida la sociedad mientras se representaba el drama principal de la vida humana, su ejercicio religioso. Para ellos, el Estado como medio de alterar la conducta humana, excepto mediante la coacción más cruda, cede su lugar a la influencia de la Iglesia: los dos pueden cooperar, pero la autoridad civil no es más que el cuerpo de guardia de la Iglesia. Las leyes y las instituciones no pueden regenerar a los que padecen de enfermedades espirituales. Para Milton, en otra condición cristiana, el Estado es elegido por el individuo como medio de asegurar su propia buena conducta, del mismo modo que el doctor Johnson, temeroso de la locura, tiene en su casa un par de esposas para que sus amigos puedan evitarle el hacer daño.

Todas estas teorías, con sus elementos de verdad, han modificado actitudes hacia el Estado y las formas de gobierno sin alterar radicalmente el tipo de actividad que el Estado acomete de hecho. Considerando las biografías de sus autores podemos trazar las fuentes de sus énfasis y conjeturas, pero sus puntos de vista del hombre eran, en su raíz, puntos de vista conjeturales. Sólo tenían un conocimiento limitado de sociedades fuera de su propia tradición, compartían un considerable acuerdo moral que pertenecía a la usanza intelectual de Europa, y adoptaban un punto de vista superficial acerca de los motivos humanos. El que los individuos pudieran desear activamente el dolor, el castigo o las penurias estériles no era una concepción que les resultara familiar.

En el momento actual nos la tenemos con filosofías del Estado más modernas, pero la mayoría de ellas, si las analizamos, son expansiones o combinaciones de las ideas tejidas por Hobbes, Locke y Rousseau, o por sus predecesores y sucesores. Ni el marxismo ni el fascismo, por más énfasis que pongan en el cambio de forma y de alcance del Estado, contribuyen con nada fundamentalmente nuevo a la controversia. Y es du-

² Locke, *Second Treatise of Government*, citado por Ranyard West, en *Conscience and Society*, 1942.

³ Rousseau, *Social Contrat*.

⁴ Ranyard West, *Psychology and World Order* (Penguin Books, 1945).

do que haya algo nuevo que agregar. La revolución en el pensamiento político no viene de ninguna nueva percepción de los hechos, sino de que está haciéndose posible verificar las diversas conjeturas que los antiguos pensadores hicieron en su tratamiento del hombre. No se atisba aún acuerdo universal alguno entre los psicólogos sobre el material fáctico, pero el tema como tal ha pasado ya del campo de la mera opinión al de la investigación experimental.

Desde que comenzamos a estudiar el Estado como una parte de la sociedad, más bien que una función teórica, no hemos podido excluir consideraciones de salud pública, tanto mental como física. El gobierno institucional de hoy es parte de una pauta de centralización en todos los campos de la vida, y no hay base posible para complacerse de los efectos totales de esta pauta. El tipo de progreso encarado por los primeros liberales dependía de factores tales como un electorado informado, una ausencia de desórdenes sociales y mentales groseros y un predominio de la razón sobre el prejuicio. Hay considerable fundamento para dudar de si los órdenes centralizados urbanos pueden reunir estas condiciones en un nivel puramente físico y biológico. Aun los poderes de la ley ortodoxa para reprimir el crimen son severamente puestos a prueba por una sociedad que se las ha arreglado para derribar las antiguas vigencias sin proveerse de nada que las reemplace.

Al mismo tiempo, nuestra puesta en cuestión de los supuestos que primero se hicieron acerca de la función del Estado, ha seguido avanzando. Para los primeros teóricos, los hombres eran voraces o violentos por naturaleza o a causa de una depravación moral. Nuestras ideas acerca de la naturaleza humana han llegado a ser bastante menos rígidas. Sabemos que en la mayoría de los casos de conducta antisocial pueden descubrirse series de causación inteligibles. Cuando más obvias se hacen estas series de causación, más fuerte es la necesidad de reexaminar las actividades del Estado a la luz de sus supuestas funciones: ¿en qué medida los Estados modernos son influyentes en la conducta social? ¿En qué medida sirven las leyes para modificar la conducta humana? La simple estimación del gobierno como la expresión máxima de una voluntad general hacia el orden moral se ha visto materialmente sacudida por una serie de actos de delincuencia cometidos, no por individuos, sino por Estados ostensiblemente civilizados. La neta línea divisoria de la voluntad moral de la comunidad y las actividades extralegales de los criminales no puede resistir el estudio de la moderna psiquiatría. Tenemos mucha evidencia de la similitud entre los procesos de la conducta moral e inmoral y de la tendencia a racionalizar nuestra conducta, para que sea posible cualquier apreciación simple.

La creencia de que si un tipo cualquiera de conducta resulta ser indeseable es posible suprimirla, o al menos prevenirla de modo efectivo por medio de la prohibición legal, forma parte de nuestra tradición política. La razón de que tengamos, por ejemplo, menos asesinatos que Córcega o menos prostitución que Francia o el Japón, proviene del hecho de que poseemos mejores leyes. La evidencia en favor de este punto de vista es sorprendentemente escasa. En primer lugar, la historia está llena de intentos infructuosos de reprimir por medio de la ley formas particulares de conducta. Dados un incentivo suficiente y una ausencia de condenación pública de la acción prohibida, poco tiene que

hacer la severidad de las penalidades con el éxito de tales intentos. Casi nunca es posible hacer observar leyes que van contra las normas públicamente aceptadas, o que prohíben acciones hacia las que el público es neutral. La ley parece ser efectiva sólo para reforzar las costumbres de la comunidad en que existe, pero no para formarlas. Kinsey⁵ estableció que, si cada violación hubiera de ser investigada y perseguida, uno de cada tres ciudadanos varones podría ser puesto en prisión por su conducta sexual, bajo la ley americana actual. En general, las leyes sólo reprimen el crimen si pueden hacerlo suprimiendo los criminales. La supresión del gangsterismo en los Estados Unidos fue posible en gran parte porque las condiciones sociales que condicionaron la aparición de los ganasters no volvieron a darse en la misma forma. Es extremadamente difícil estimar en qué medida el temor del castigo puede evitar que el individuo cometa crímenes. En muchos casos parece más bien modificar la forma de actividad antisocial eleida. En segundo lugar, el crecimiento de la autoridad y efectividad del Estado en los sistemas centralizados ha sido sobrepasado por el crecimiento del crimen individual. Con la supresión del escrutinio público y de las costumbres ciudadanas industriales, ha decrecido casi seguramente el número de individuos cuya conciencia social es lo bastante fuerte como para verse efectivamente reforzada por la ley. Al mismo tiempo, el crecimiento enorme de las leyes administrativas ha producido innumerables delitos sin base alguna en las normas cotidianas. El estigma público de persecución se ha reducido. En estas grandes comunidades es muy dudoso que los cambios de las instituciones puedan alterar de una manera efectiva la pauta de los acontecimientos. La historia y la conducta se hallan tan influidas por fuerzas biológicas y sociales que su progreso se encuentra cada vez más fuera de control, en lo que concierne a los legisladores. En alguna medida las antiguas leyes cristalizaban la voluntad pública general, en tanto que las leyes modernas son menos capaces de hacerlo, puesto que la voluntad pública es menos definida y las oportunidades de expresarla socialmente se encuentran trabadas.

Cuando consideramos las acciones delictivas realizadas por el Estado mismo, los "crímenes de guerra" que nos son familiares, la tradición liberal se vuelve naturalmente a una reaplicación del método que sostuvo en los asuntos locales: los gobiernos deben ser colocados bajo el control y la coerción de un Gobierno Mundial, que pueda evitar la mala conducta, del mismo modo que el Estado local impide el crimen. Este intento de llevar la pauta de centralización un escalón más allá no inspira confianza alguna a la luz de nuestro estudio de los mecanismos que determinan la conducta individual. Cuando mayor es el grado de poder y más amplio el abismo entre gobernantes y gobernados, más fuerte es el llamado del poder para aquellos que tienen la tendencia a abusar de él, y menor la respuesta que puede esperarse del individuo. Los supergobiernos tienen éxito, como lo tuvo durante un tiempo la Iglesia Romana, cuando pueden hacer un llamado directo a las costumbres públicas. El sentido social público que sobrepasa las fronteras es un hecho, y persiste, pero hasta ahora ha fracasado en reprimir los actos agresivos de los gobiernos locales. ¿Y quién reprimiría a la autoridad mundial, cuando caiga en malas manos?

⁵ Kinsey, Pomeroy y Martin, *Sexual behaviour of the human male*, 1948.

El Humanismo Universalista de Rabindranath Tagore

por Luis Di Filippo

En los primeros decenios del 1900, entre los comienzos de la primera guerra mundial y los principios de las revoluciones comunistas y fascistas, los jóvenes vivíamos espiritualmente inmersos en una atmósfera inquietante. Vivíamos, aunque a la distancia, pero con participación mental, los trágicos episodios guerreros y revolucionarios, éstos, secuela de aquéllos. Lo que equivale a decir que apenas salíamos de una atmósfera belicosa penetrábamos en otra no menos violenta y destructiva. Pero esta violencia, la revolucionaria, nos parecía más digna y éticamente la conceptuábamos plausible. Es que el mito romántico de la revolución siempre tiene para la juventud el hechizo de una esperanza en la que vale la pena depositar nuestras ilusiones. Nos parecía que la Revolución, escrita con mayúscula majestuosa, no era precisamente un monstruo no obstante que sobre sus altares de fuego se inmolasen muchas víctimas. La ilusión esperanzada obscurecía el juicio crítico en la embriaguez del juvenil entusiasmo. Y se explica, porque la juventud es más pasión que reflexión, más ímpetu que cautela; a esa edad contemplamos el mundo con los cristales hipnóticos que provocan un grato espejismo en cuya reverberante superficie aparecen los paisajes de nuestra fantasía como si fuesen reales; a esa edad más nos place acariciar una ficción consoladora que una verdad doliente.

En esa época de nuestra existencia, en ese momento de mi personal aventura espiritual, Romain Rolland era una de las altas voces que nutrían con su pensamiento, con su fervoroso idealismo, con su prosa poética, nuestra insaciable sed de sabiduría. Más que un literato, más que un excitante pensador, Romain Rolland era para nosotros, para mis coetáneos, un profeta; y un profeta perseguido, acosado, lo cual lo transfiguraba en héroe combatiente. Y fue entonces cuando una mano generosa depositó en las mías el pequeño volumen biográfico sobre Gandhi escrito por Rolland. No pudo caer en surco más acogedor y fértil aquella semilla seductora. Yo había leído algo de Tolstoy, pero el apóstol de Yasnaia Poliana, con su vaga religiosidad y su vida contradictoria, oscilando entre el Oriente y el Occidente, no me convencía mucho como modelo, aunque, desde luego, admiraba su maanitud literaria. La figura de Gandhi era otra cosa, respondía a otro estilo de vida y de pensamiento; pero, aunque parezca paradójico, a través de Gandhi valoré el pensamiento de Tolstoy al que había juzgado superficialmente desde el punto de vista de mi activismo revolucionario que exaltaba la eticidad de la violencia siquiendo, entre otras, las huellas de Jorge Sorel.

La resistencia pasiva de Gandhi —que no era, después de todo, tan pasiva—, la revolución original que éste acaudillaba en la India, fue una revelación sorprendente; el insospechado descubrimiento de su política inusitada, de su filosofía para mí hasta entonces inédita, la presencia de un nuevo mundo cultural muy vagamente entrevisto, pero que rechazaba de antemano como exótico y anacrónico; esta política religio-

sa o religiosidad política de la cual tenía difusas y remotas referencias, me resultaba incomprensible y, además, impracticable. La lectura meditada de la biografía de Gandhi, completada luego con la de "La India" también de Rolland, desgarró el velo de aquel misterio. Era posible otro tipo de acción revolucionaria. El mito sangriento de la violencia podía ser reemplazado por otra imagen. Esta revelación destruía no pocos prejuicios. Por de pronto, este conductor de multitudes no se sentía un semidios tonante; sus palabras, sus gestos, su vestimenta, su vida social, el tono de sus discursos, el contenido espiritual de sus pláticas no eran los de un histrión tráico; no pedía el exterminio de sus rivales, ni la ciega obediencia a un dogma político absolutista; no era la imagen frenética de la ira delirante y desatada; no abría en el ánimo de sus discípulos o de sus secuaces las compuertas de odio aneando con las aguas hirvientes de la pasión destructiva los campos fértiles de la India abonados de antiguo para un pacífico florecimiento de libertad y de amor; la prédica de Gandhi implicaba más una exaltación de la vida que de la muerte. Frente a las dictaduras dramáticas que surcaban en Rusia, Italia y Alemania, este rebelde de la India y esta rebelión popular señalaban un notable contraste en cuanto a los ideales y a los métodos para lograrlos. Frente al mito de la violencia, Gandhi creaba para su pueblo el mito de la no-violencia. Y ante el estupor del mundo, su prédica y su acción de sacrificio condujeron a la independencia de la India. No quiero insistir sobre este aspecto del proceso histórico; lo traigo a cuenta porque leyendo la biografía de Gandhi apareció el nombre de Rabindranath Tagore, como el de otros que participaban del mismo movimiento libertador, impulsados por la misma corriente ideal. De Tagore yo tenía, entonces, muy escasas noticias. Era Premio Nobel de literatura desde el año 1913. En Europa se lo conocía y valoraba merced a las versiones inglesas de sus poemas. Pero ya se sabe cuánta distancia temporal hay del inglés al español en punto a la edición de obras literarias. Tagore era, en nuestra país, menos conocido, menos popular, digamos, que Gandhi, pues no es menos sabido que la notoriedad política es siempre más resonante y periodísticamente expansiva que la notoriedad literaria. En la India, ambas personalidades gozaban de parejo y dilatado prestigio. Pero entre Gandhi y Tagore había no pocas diferencias. Lo subraya Romain Rolland: "De un lado, el acento de la fe y la caridad que quiere ser la levadura de una nueva humanidad. Del otro, el de la inteligencia, libre, vasta y serena que abraza la unión de todas las existencias". No obstante coincidir en líneas generales sobre lo que ambos entendían como misión de la India renaciente, en cierto momento de la lucha común Gandhi y Tagore tuvieron una dolorosa discrepancia. Vale la pena señalar el por qué de esta personal disensión, pues a través de ella vamos a tomar un contacto más preciso con la personalidad de Tagore; no con la del literato, sino con la del pensador.

Cuando Gandhi se ve en el trance nunca deseado de asumir la jefatura directa del movimiento popular de su país en su aspecto político, el Mahatma dice: "Si debo tomar parte en la política, es solamente porque la política nos encierra como una serpiente en sus contorsiones; no es posible librarse, hágase lo que se haga. Quiero, pues luchar contra esa serpiente. . . . Trataré de introducir la religión en la política". Pero Tagore, a quien Gandhi proclamaba "el vigía de la India", deploraba

esa necesidad de la activa participación en los menesteres políticos y así lo manifiesta: "Todo el fervor moral que representa la vida de Mahatma Gandhi, y que sólo él, entre todos los hombres del mundo puede representar, nos es necesario. Que un tesoro tan precioso sea puesto en el frágil navío de nuestra política y se lance sobre las olas sin fin de irritadas recriminaciones, es una grave desgracia para nuestro país cuya misión es la de devolver la vida a los muertos con el fuego del alma. . . . El derroche de nuestros recursos espirituales en aventuras que, desde el punto de vista de la verdad moral, son malas, es aflictivo. Es criminal el transformar la fuerza moral en fuerza ciega". Para captar y valorar el sentido de este diálogo entre Gandhi y Tagore hay que ubicar sus términos en la lógica de ambos actores; hay que comprender hasta qué punto la primacía de la religiosidad sobre la política es en el pensamiento hindú piedra angular de sus especulaciones teóricas y de sus derivaciones prácticas. Diré más: no es sólo cuestión de pensamiento sino de vida. De acuerdo con nuestro lenguaje occidental, podríamos reemplazar la palabra religiosidad con la palabra eticidad, pero indudablemente tiene más hondura y más fuerza espiritual la primera. Cuando Gandhi dice que procurará introducir la religión en la política tiene conciencia que ha de librar una peligrosa batalla con la serpiente; esta serpiente puede ser el símbolo de lo que en Occidente llamamos "pasión de poderío o voluntad de potencia", la pasión política que, según Tagore, transforma y pervierte la verdad moral en fuerza ciega o que, en última instancia, es capaz de prescindir en absoluto de toda fuerza moral. Tagore, en ese sentido, asume una actitud más radical que la de Gandhi en su intransigencia ética. En definitiva, Tagore se coloca en el plano de la santidad; Gandhi abandona esta posición espiritual que le era propia y se coloca, obligado por las circunstancias, en el plano del heroísmo civil. No es que Tagore dude de la fortaleza moral de Gandhi para vencer a la serpiente; es que Tagore sabe muy bien que Gandhi es único y que los millones de sus secuaces no estarán a su altura. No se crea tampoco que Tagore es un poeta carente del sentido práctico de la lucha revolucionaria en que está empeñada su patria. Tagore ha comprobado que no obstante la enorme fuerza moral de Gandhi y su inmenso prestigio popular, no puede contener los desbordes de la multitud que suele entregarse a las morbosas expansiones de la violencia, atrapada una y otra vez por la serpiente. Ha visto como la serpiente aprieta, aprisiona, asfixia, la pura emoción libertaria del pueblo paralizándola en sus móviles originales. Tagore teme al huracán: "El huracán busca atajo por donde no hay caminos, y, de pronto, sale a la nada", dice el poeta en uno de sus aforismos. Y en cuanto a lo que personalmente le concierne, exclama: "¡Gracias, Señor, porque no soy rueda del Poder, porque soy uno con los que él aplasta!". En la opción dramática de ser víctima o victimario, Tagore prefiere ser víctima. Y no sólo por razones éticas, sino también por razones prácticas. Su reflexión al respecto está claramente expresada en este otro aforismo: "Dijo el poder al mundo: —Eres mío— Y el mundo lo tomó prisionero de su trono. El amor le dijo al mundo: —Soy tuyo— Y el mundo le dio casa libre". Esta filosofía de la vida y de la acción, expresada por Tagore, es la filosofía de occidente puesta al revés. Es tan lógica como la otra, tiene contenido de verdad como la otra. Y ha sido tan eficaz —e ineficaz— como la otra si hemos de juzgar el

curso de la historia humana, en Oriente y en Occidente, por los resultados tanto como por los ideales. Pues a la luz de los ideales hay victorias que debieran avergonzar a los triunfadores, y derrotas que son honra para los vencidos. Y es bien cierto, prácticamente cierto, que las victorias vergonzosas tienen un resplandor efímero, mientras el halo del martirio es permanente. Si todavía hay memoria de los asesinos de Sócrates y de Jesús, es debido a que el heroísmo de las víctimas salva del olvido eterno, en una suprema generosidad memorable, el nombre de los victimarios. No es menos cierto, por otra parte, que el precio de ciertas victorias es demasiado alto y no compensa la precaria cuantía de sus beneficios momentáneos.

Uno de los motivos que inquietaban a Tagore en lo que respecta al movimiento popular de independencia, era el nacionalismo. Ni Gandhi, ni Tagore eran nacionalistas en el sentido político occidental de este término. Pero la lucha política contra el dominio inglés amenazaba trascender los límites naturales del conflicto hasta convertirse en un rechazo total, absoluto, agresivo, de la cultura occidental y de todo cuanto esta cultura implicaba. Tagore no podía tolerar semejante derivación extra política del movimiento que acaudillaba Gandhi. "Creo en la verdadera unión del Oriente y del Occidente", exclamaba Tagore. Debemos considerar que en favor de esta unión, Tagore había realizado una intensa faena de mensajero fraternal trasladándose a Europa y América. Sus fines, en este sentido, eran noblemente ambiciosos. El 13 de marzo de 1921, en un escrito titulado "La unión de las culturas" —que publicó en inglés la *Modern Review*— Tagore decía: "Todas las glorias de la humanidad son mías. . . **La infinita personalidad del hombre** (como dicen los Upanishads) no puede ser completada más que con una grandiosa armonía de todas las razas humanas. . . Mi ruego es para que la India represente la cooperación de todos los pueblos del mundo. Por ella la Verdad es la unidad, y la división es Maya. La unidad es lo que comprende todo, y por consecuencia no puede ser conseguida por el camino de la negación. . . El esfuerzo actual por separar nuestro espíritu del de Occidente es una tentativa de suicidio espiritual. . . Decir que es malo estar en relación con la cultura occidental es ensoberbecer la peor forma de provincialismo que no produce más que la indigencia intelectual. . . El problema de hoy es mundial. Ningún pueblo puede salvarse separándose de los demás. O se salvan juntos o desaparecen todos". Estas palabras, escritas en 1921, antes de la llamada era atómica de la cual hablaríamos con mucho orgullo si no estuviésemos tan terrorizados, tienen el valor de una profecía. Y en presencia de cuanto estaba aconteciendo en su patria, reflexionaba Tagore desde Londres: "¡Qué ironía de la vida, acabo de predicar de este lado de los mares la cooperación de las culturas entre el Occidente y el Oriente, al mismo tiempo que la no-cooperación se predica del otro lado!".

Esta pasión universalista o cosmopolita de Tagore demuestra hasta qué punto el humanismo clásico y el más actual de Occidente se entrelaza con la religiosidad hindú merced a los hilos sutiles que, a través del espacio y del tiempo, a través de la historia, tejen la misteriosa urdimbre sobre cuya tela espiritual se va dibujando el inmenso y variado paisaje de la cultura humana. Tagore se afirma en su ideal universalista después de haber superado su primitiva experiencia nacionalista. Romain

Rolland acota: "El mi sentir, Gandhi es tan universalista como Tagore, pero de otra forma. Él es por la conciencia moral, Tagore por inteligencia. Gandhi no excluye a nadie de la comunión del rezo y del trabajo cotidiano. Así el apóstol de los primeros siglos no distinguía entre judíos y gentiles, pero a todos imponía la misma disciplina". Para facilitar aún más la comprensión de esta actitud universalista, me parece oportuno transcribir unas reflexiones del escritor hindú Krisnalal Shridharani que tomó de su libro "La India", en la edición española: "Y esto nos lleva a lo que considero el más grande de los contrastes entre el pensamiento de Oriente y el de Occidente. El pensamiento occidental es lógico; el pensamiento hindú es cosmológico. Cuando el norteamericano habla de la familia, por ejemplo, el hindú menciona a la nación que sería, según él, una familia más grande. Cuando el norteamericano piensa en la nación, el hindú se preocupa por el mundo; Tagore acostumbraba reprocharle a Gandhi el sacrificar su internacionalismo a los leones de su nacionalismo, pese a que, constantemente se referían a la misma cosa. El occidental piensa en los seres humanos, el hindú se interesa por **todas las cosas que respiran**".

Vale la pena escuchar de nuevo la voz de Tagore al respecto: "Aunque pudiéramos abusar de las frases aprendidas de Occidente, el Swaraj (Home Rule) no es nuestro fin. Nuestra lucha es una lucha espiritual. Es una lucha por el hombre. Debemos emancipar al hombre de las ataduras que lo aprisionan, de esas organizaciones de egoísmo nacional. Tenemos que persuadir a la mariposa que la libertad del cielo vale más que el abrigo del capullo. . . En nuestro lenguaje no existe el término nación. Cuando tomamos esta palabra de otros países, no nos sirve, porque debemos aliarnos con Narayana, el Ser Supremo; y nuestra victoria no nos dará nada de otro más que la victoria por el mundo de Dios. . . Si podemos desafiar a los fuertes, a los ricos, a los ejércitos, revelando al mundo la potencia del espíritu inmortal, todo el gigante de carne caerá en el vacío. Y entonces, el hombre, encontrará el verdadero Swaraj. Nosotros, los indigentes despojados de Oriente, nosotros conquistadores de la libertad para toda la humanidad". Y Gandhi, como en un contrapunto de tonos, exclama por su parte: "Nuestra lucha tiene por fin la amistad con el mundo entero. . . La no-violencia ha llegado entre los hombres, y ella quedará. Es la Anunciadora de la paz del mundo". Esta paz de Tagore y de Gandhi no es la trágica y grotesca paz armada de nuestros días, no es la paz aterradora de los fuertes temerosos de su propia fortaleza lindante más con la muerte que con la vida. Es la paz de los inermes, de los débiles muy confiados en la fuerza moral de su aparente debilidad. Es esta confianza que le hace decir a Tagore: "El poder infinito de Dios no está en la tormenta, sino en el céfiro", que le permite creer que "Dios se cansa de los reinos, pero no de las florecillas"; que le hace decir con ironía: "El gorrión tiene lástima del pavo real, cargado así de su cola". Esta confianza amorosa que le hace decir, como pensando en los presuntos libertadores sangrientos de la violencia tan en boga en nuestros días, este sarcasmo aplicable ahora mismo: "El poder cree que las convulsiones de sus víctimas son de ingratitud. . .".

No se crea que a Tagore le fue fácil llevar a cabo, en su propio país, esta lucha de amor, de comprensión, de armonía, de no violencia. Como es frecuente, cuando la masa no puede seguir al héroe en su aventura

espiritual porque la ve demasiado alta para el vuelo de sus alas, arroja cualquier acusación ofensiva contra el empeinado afanoso de altura, y lo condena a la soledad. Tagore no fue una excepción a esta norma vulgar. Así, durante sus diferencias con Gandhi, Romain Rolland recibe de Tagore una carta en la que le dice: "Es la soledad moral, el fardo invisible y constante que más me oprime. Desearía que me fuese posible dar mi mano a Mahatma Gandhi, y abandonarme así, de una vez por todas, a la corriente de aprobación popular". Si le era imposible ya su lealtad a Gandhi, menos le era su participación con los desmanes, los prejuicios y las irritaciones de quienes interpretaban las enseñanzas de Mahatma desvirtuándolas al nivel de sus oscuras pasiones. En uno de esos momentos de efervescencia nacionalista, un profesor inglés, amigo del poeta, huésped invitado para dictar lecciones en centros universitarios, fue víctima de vejámenes por parte de los estudiantes. Tagore, al tener conocimiento de este episodio, reaccionó enérgica y públicamente defendiendo la libertad espiritual y condenando ese nacionalismo mezquino y agresivo de sus jóvenes compatriotas. El mismo Gandhi recogió la protesta de Tagore y sintiéndose, quizás, indirectamente responsable por la conducta de los jóvenes, dijo: "Mi religión está cerrada al insolente orgullo de raza, de religión y de color; tiendo a que el aliento de las culturas de todos los países circule libremente a través de mi morada...".

Es que Tagore era un patriota y no un nacionalista. Hay que establecer una necesaria diferencia entre estos términos aparentemente sinónimos. El patriotismo es un sentimiento de amor al terruño; el nacionalismo es un sentimiento de hostilidad orgullosa hacia el extranjero.

Esta angostura espiritual negativa, de raigambre política, repugnaba al sentimiento cosmopolita de Tagore, el cual buscaba, como los humanistas del Renacimiento, la unidad en la diversidad. Tagore estaba viendo, por otra parte, las terribles consecuencias del ímpetu nacionalista en la Europa guerrera. "Por amor a la humanidad —decía en el año 1917— debemos levantarnos para advertir a todos que el nacionalismo es una cruel epidemia del mal que está barriendo el mundo humano en la época actual y minando su vitalidad moral". Luego insistía: "Debemos abrirle paso al Hombre, este forastero de la época, y no permitir que la Nación de este tiempo obstruya su camino".

Tagore era un forastero de su época, un hombre del futuro, como suelen serlo los santos, los héroes y los genios. Consuela pensar, en el centenario de su nacimiento, y a los veinte años de su muerte, que podemos considerar un hombre del presente, mientras quienes lo rechazaban son hombres del pasado, ya en forma definitiva. Vive, ahora, su nueva vida, la de la inmortalidad, en la evocación permanente de su imagen y de su espíritu. Se diría que fue profeta de sí mismo cuando escribió estas palabras consoladoras para los mortales: "Cuando el día cae, la noche lo besa y le dice al oído: —Soy tu madre, la muerte, y te he de dar nueva vida".

Tras la vida de la pesadumbre y las fatigas, la otra vida, la nueva, la de la gloria, cielo luminoso en la densa noche que lo amortaja.

De la crisis contemporánea y de sus soluciones

por Diego A. de Santillán

Aunque la ruptura de la proporción, del equilibrio entre las estructuras espirituales, económicas y sociales y el hombre, que un día fue definido como medida de todas las cosas, no es característica exclusiva de nuestra época, sino que procede de siglos muy lejanos, pues ya en el Renacimiento comienza a primar sobre los valores estrictamente humanos la razón de Estado, la verdad es que en nuestro tiempo esa ruptura se exacerbó de una manera inconcebible y el desequilibrio resultante es hoy mayor que ayer, peligrosamente mayor.

Todavía somos nosotros testigos de un mundo menos opresor y más abierto a la circulación de ideas, de hombres y de cosas, de un mundo en que se podía recorrer por todas las latitudes del Globo sin pasaportes, sin visados, sin densas carteras de papeles; testigos de un mundo que calificamos de injusto porque las cargas parasitarias del estatismo requerían un 25 y hasta un 30 por ciento de la renta nacional de un país cualquiera, tanto como exigía para su prosperidad el sistema económico capitalista. Somos todavía testigos de ese mundo de casi libre circulación y de un costo relativamente pequeño, y en el curso de pocos decenios nos encontramos con situaciones paradójicas como esta: en la época de las carabelas de Cristóbal Colón, todos los trámites para embarcar en ellas se reducían a formalidades de algunos minutos; el viaje después era largo; se tardaba seis meses en tocar las costas de América. Hoy la técnica aeronáutica nos permite cruzar el Atlántico en pocas horas, pero para hacerlo es preciso correr seis meses reuniendo papeles, pasaportes, visaciones y certificados; además, si antes el Estado nos parecía caro y malo cuando insumía el 25 ó el 30 % de la renta nacional del país. ¿qué diremos de una máquina política y administrativa que funciona a cambio de absorber el 55 ó 60 %? Jamás ha entregado el hombre al Estado tanto de sus recursos, de su personalidad y de su dignidad y jamás ha recibido en compensación menos.

Con esto no queremos decir que todo el tiempo pasado fue mejor, como Jorge Manrique en las coplas a la muerte de su padre; lo que queremos decir es que en muy pocos años han cambiado radicalmente muchas situaciones, y si el progreso científico y tecnológico nos permite producir más en la misma jornada, y aumentar algo el nivel

general de vida, a pesar del tributo sofocante permanente que es preciso abonar a un parasitismo asfixiante y sin justificación, lo cierto es que podríamos vivir en la abundancia y ser felices a cambio de un mínimo esfuerzo y en cambio, conquistadores de grandes secretos y vencedores de misterios, en plena etapa de exploración sideral, el hombre es hoy menos dueño de sí mismo que en cualquier otro período de la historia. Y esta es la crisis fundamental cuya superación se impone como necesidad ineludible para sobrevivir.

RELIGIÓN Y DOGMA

El hombre de la caverna, extasiado ante las maravillas de la naturaleza, superiores a su propia capacidad creadora, o aterrado por lo desconocido, un día llega a la idea de un ente sobrenatural como razón de todo lo que veía y no comprendía: forjó el concepto de la divinidad o divinidades, formuló la existencia de dioses, el sol o la luna, el viento o las aguas, espíritus inmortales y rectores que moraban en algún más allá inaccesible. El hombre, que no es inteligente y artista, sólo por evolución y por virtud del papel impreso, sino que es inteligente y artista desde que nace, en una cueva o en alguna cueva de Altamira, elabora la idea de un Dios o de un Olimpo de dioses como los investigadores se forjan hipótesis que les ayudan en su búsqueda de la verdad, pero luego se puso de rodillas ante su propia creación. De amo que debía ser de su obra se convierte voluntariamente en esclavo y transcurren los milenios en esa forma de esclavitud mental, por lo demás sólo parcialmente restrictiva y sofocadora. Esa sumisión y esa veneración ante la propia creación se vuelven restrictivas y sofocadoras cuando en lugar del sentimiento religioso espontáneo que expresaba el hombre asombrado y extasiado ante las maravillas que vivía y los temores que le inspiraba lo desconocido, aparece el sacerdote, se levanta la iglesia, se articula el dogma, y lo que era al comienzo, devoción ante la propia creación cosmogónica o religiosa se vuelve tributo material para sostener la iglesia, el sacerdote, el mago, el hechicero, que se cuidaron luego de cortar las alas al espíritu humano para que no siguiese creando según su capacidad y su medida en el campo inmenso del sentimiento religioso.

Y las alas de la creación se le cortaron cada vez más por diversos factores coadyuvantes en ese propósito, pero especialmente por las iglesias y por los Estados, que lograron hacer de la obediencia y la resignación una segunda naturaleza humana.

El sentimiento religioso en sí no es enemigo del hombre ni una valla siquiera a su desenvolvimiento y a su indagación permanente; es más bien una manifestación admirable de su conquista del misterio y de su búsqueda de la verdad. El peligro está en la traducción positiva de ese sentimiento, en la captación de ese anhelo de infinito para objetivos egoístas y privados de una minoría que logra especular con esa reverencia ante lo grandioso y lo desconocido para forjar cadenas y obtener tributos voluntaria o coactivamente, en beneficio de los intrépidos o mediadores supuestos de las divinidades. Cuando el hombre despertó de su éxtasis se encontró esclavo de la propia creación. Pero la esclavitud no es una condición deseable ni siempre tolerable, y desde el mismo fondo del sentimiento religioso brota la rebelión contra los dogmas impuestos, y la historia de las religiones es una historia de los más religiosos contra los aprovechadores y usufructuarios de las iglesias; las numerosas herejías exterminadas a través de los siglos a sangre y fuego, fueron manifestaciones de espíritus religiosos en rebeldía contra fuerzas materiales dominadoras que usurpaban formas externas de la religión. Todavía en nuestros días estamos viendo cómo muchos espíritus selectos luchan por romper los cotos cerrados, las limitaciones artificiales de las iglesias que impiden que el hombre se acerque a Dios por sus propios medios y aspiran a hacer del esclavo sumiso un conquistador audaz de la propia conciencia y de la propia personalidad al mismo tiempo que un amo del fruto de su anhelo de superación, de progreso, de justicia, cualquiera que sea su modalidad y su manifestación.

La comprensión, el aprisionamiento del espíritu del hombre suscita a la larga, en algunas minorías por lo menos, el deseo de la liberación, y justamente en una época en que se siente más oprimido y esclavizado ante sus creaciones religiosas, económicas, políticas, sociales, busca la expansión sideral y quiere descubrir nuevos mundos en el espacio, en los astros lejanos, con la fiebre con que hace cuatro siglos se trataba de hallar continentes y mares desconocidos. Y todas las potencias del razonamiento, de la imaginación, de la técnica se ponen en juego para el logro de esos objetivos, como para contrabalancear la esclavización totalitaria a que se ha llegado en esta vida terrenal, en la que el hombre no es ya la medida de todas las cosas, sino una pieza

insignificante y despreciable de engranajes de toda clase que lo aplastan bajo su peso y su funcionamiento.

EL HOMBRE, ESCLAVO DE SUS CREACIONES

Así como el espíritu humano creó su mundo religioso para sentirse feliz, libre y seguro en él, y al andar de los tiempos se encontró con que se le convirtió en esclavo de su creación, así ocurrió con todo lo demás.

La máquina de trabajo fue ideada para aliviar al hombre de sus pesadas tareas y sin embargo, terminó por ser esclavo de ella; la máquina que fue ideada para ser liberadora, se volvió opresora.

Con el aparato de Estado ocurrió de idéntica manera; fue originariamente quizás una necesidad para estabilizar zonas de vida pacífica y en seguridad contra hordas hostiles y contra peligros de toda naturaleza, y poco a poco fue transformándose, no en aliado de una vida pacífica y feliz sino en amo absoluto que puede disponer de la vida, de la hacienda y de la paz de los pueblos. Lo que se forjó como instrumento de seguridad y de paz, se volvió instrumento de dominio y de guerra, ante el cual el hombre no tiene más derechos efectivos que los de pagar los tributos crecientes que se le exigen y acatar los órdenes que se le importen en beneficio de una burocracia inmensa, que lo absorbe y lo paraliza todo.

Por todos los caminos se llega a hacer del hombre, que, repetimos, debiera ser medida y objetivo de todas las cosas, un esclavo de sus creaciones.

El sistema de vida que impone la economía llamada capitalista, y en la cual nos desenvolvemos todavía casi universalmente, salvo muy raras excepciones, no es algo nuevo, vinculado de modo exclusivo a la era de las máquinas de trabajo, era que en la larga curva de la historia humana apenas ocupa un par de siglos.

Una economía de despojo, de especulación y de ganancia, independiente de la satisfacción de las necesidades vitales del hombre, se encuentra en todos los pueblos primitivos y en múltiples manifestaciones, aun cuando en los pueblos primitivos existía muy vivo el sentimiento de la comunidad y el instinto solidario tribal.

No hace falta más que leer las diatribas bíblicas, y posteriormente de los padres de la Iglesia, contra los ricos, los usureros, los acaparadores, para percibir que las condiciones en que vegetaba el pueblo, el gran número, no han debido ser muy equitativas, y el año del jubileo, en el que se condonaban las deudas y se volvía a repartir

las tierras acaparadas por la minoría más audaz, menos escrupulosa, más previsora, o más codiciosa, señala una aspiración, un método para reparar males crecientes del desajuste entre la producción, los instrumentos para la misma, y la satisfacción de las necesidades de la vida individual y social.

Aquella magnífica y admirada Grecia del Partenón y del ágora, en la que pululaban los artistas, los filósofos, los políticos, era una organización en que el sistema económico dominante había logrado un modo de vida que permitía el ocio y el disfrute a unos cuantos que se divertían con cortesanas y efebos y se complacían en finos recreos espirituales, o todo ello a la vez, a costa de la esclavización de grandes masas, domesticadas para el trabajo sin derechos. Había excelentes filósofos que, como propietarios de molinos de aceite o de otras empresas, obtenían pingües rentas del trabajo ajeno y lucubran despreocupados sobre todas las cosas humanas y divinas.

Es verdad, hubo también rebeldes que combatían esa situación con agudeza de ingenio y polémicas y que clamaban contra la esclavitud, lo mismo que siglos más tarde el hecho de la posesión de fábricas textiles por Friedrich Engels, parte de cuyos beneficios usufructuaba Karl Marx, no impedía a éstos lanzar excomuniones anticapitalistas.

Fue en la gran Grecia cuando se replicó a los críticos de la estructura social de entonces que no habría esclavos cuando las lanzaderas se movieran en los telares sin intervención del hombre, es decir por sí mismas; pero la esclavitud no desapareció por eso más que en su carácter legal.

Quedamos extasiados ante los restos de la Atenas de Pericles y de Platón, pero cerramos voluntariamente los ojos ante la constancia de que todo aquello fue posible porque 40.000 esclavos trabajaban sin descanso y sin derechos para los señores de la hermosa ciudad marmórea, que debatían problemas públicos en el ágora y estaban eximidos de la obligación natural de ganar el pan con el sudor de su frente.

BAJO EL IMPERIO DE ROMA

¿Qué decir de Roma, la de las legiones arrolladoras, la de la gran expansión territorial? Algunas ideas de los críticos sociales de Atenas, como la del cosmopolitismo, fueron llevadas a la práctica por los romanos, con la subyugación de pueblos de Europa, Asia Menor y la costa norteafricana; la propia Grecia fue convertida en provincia romana.

Se jacta España, la España del culto a la

tradición, de la resistencia heroica de Sargunto, pero hay que reconocer francamente que la expansión de Roma fue, sin embargo, un jalón progresivo y abrió el mundo más o menos conocido y accesible, pero aislado, para un intercambio fecundo de experiencias y de productos. Es verdad que Roma quedaba en ello con la parte del león, pero con el trigo y los minerales y los esclavos de los pueblos convertidos en productos romanos, llevó a la gran ciudad también la cultura, a veces superior, de los vencidos. Los esclavos griegos vendidos en Roma enseñaron a los romanos muchas cosas que ignoraban e introdujeron en el corazón del gran imperio militar y guerrero ideas y gustos por las cosas del espíritu y de la belleza.

En la Roma dominadora del mundo se planteó con extremo vigor la cuestión de la justicia para los proletarios contra el acaparamiento de la riqueza por los patricios, por los magnates. Patricios y plebeyos disputaron en todos los terrenos, hasta en el de las armas, y gestos como el de Espartaco y leyes como las leyes agrarias de los Gracos, fueron ensayados para arrancar a los amos y monopolistas de la hora algunas migajas para los desposeídos.

Fue precisamente en la época de la prosperidad militar romana, cuando sus legiones no hallaban resistencia en todo el radio de su alcance, cuando aparece el llamado cristianismo, movimiento social que si, como idea no trae fundamentalmente nada nuevo, como hecho fue un intento tenaz y soberbio para restringir los males del poder centralista y dominador y de la concentración de la riqueza en pocas manos. Las comunidades cristianas de los primeros siglos de nuestra era podrían ser definidas como ensayos para instaurar una economía no capitalista y un régimen de convivencia no autoritario, cimentado sobre el amor en lugar de estarlo sobre la amalgama impuesta por la ley de Roma. Apologistas superficiales nos hablan de la conversión de Constantino al cristianismo como de un alto triunfo; pero no fue así, lo que ocurrió no fue la conquista del imperio por el cristianismo, sino la conquista de la iglesia católica y de las vastas comunidades que respondían a su influencia por el imperio, que quiso aprovechar así la nueva savia que brotaba entre los cristianos para ponerla a su servicio.

Cuando las invasiones llamadas bárbaras destruyeron el imperio romano, para hacer de los pueblos integrantes una especie de reinados de taifas, rompiendo el vínculo jurídico y fiscal y cultural que mantenía la unidad del mundo conocido, sin ninguna de las ventajas que ese vínculo reportaba al progreso común y al mutuo

conocimiento y compenetración, fue la iglesia la que asumió la concepción cesarista y fue ella la que la montuvo a través de los siglos. Los papas ocuparon la posición de los Césares. Así la religión cristiana, que era la religión de los pobres, de los que aspiraban a un reino de paz y de justicia, pasó a ser la religión de los reyes, de la nobleza, de los señores. A los desheredados se les prometió la bienaventuranza eterna después de la muerte, en el reino de los cielos, y fueron sangrientamente combatidas como herejías muchas de las corrientes que intentaron luego volver al cristianismo, a la idea de la comunidad, a la convivencia fraterna e igualitaria. La iglesia santificó la riqueza de los ricos y fue eficaz predicadora de la sumisión y la resignación de los desposeídos.

LA ECONOMÍA FEUDAL

El capitalismo, voz nueva, pero un hecho viejo que se remonta a la prehistoria y que podríamos describir como el sistema o el régimen económico en que se trabaja para especular y ganar con el producto en lugar de hacerlo directamente para satisfacer necesidades del hombre, continuó en vigencia, pues las comunidades cristianas primitivas que representaban una ruptura del sistema de la explotación de los desheredados por los poseedores, fueron poco a poco avasalladas y suprimidas y a lo sumo se mantuvieron en círculos cerrados como los conventos y monasterios.

Pero también conventos y monasterios, comunistas en su vida interna, se convirtieron en centros de dominación económica, con siervos, con monopolios de las mejores tierras y otros instrumentos de trabajo, con privilegios no inferiores a los del feudalismo a veces amigo y a veces rival. Durante siglos, compitieron los monasterios y conventos con los señores feudales por el dominio de las mejores tierras de cultivo y por la posesión del mayor número de siervos, y de siervas. Aun cuando también se ponían de acuerdo para el mejor usufructo de los productos del trabajo ajeno.

La economía medieval europea estuvo regida, pues, por los señores feudales y por los monasterios, que ocuparon el puesto de los amos de la época de Atenas y de la de Roma; pero en un marco de retroceso social y político pronunciado que duró varios siglos.

Cuando se reavivó el comercio marítimo en manos de núcleos audaces y activos, fue obligado el fomento de la producción de artículos propios para la negociación a los mercaderes de los pueblos lejanos que ofrecían a su vez artículos novedosos a cam-

bio, y así fue surgiendo el artesanado independiente para abastecer las demandas de los mercados del interior y del exterior; las guerras por otra parte, contribuían también a estimular la productividad. Había que elaborar armas, ropas, etc., y todo ello dio origen a una labor permanente y cada vez más especializada.

Frente al estancamiento del régimen feudal, eclesiástico o laico, el artesanado constituyó gradualmente un factor económico importante, una clase social sin derechos políticos, pero fuerte en el dominio del oficio. Su mayor agilidad mental y su adaptación a las exigencias de los mercados hicieron posible una gran acumulación de bienes en manos de esa nueva clase, que no tenía acceso al poder y a los privilegios de casta por ser de origen plebeyo.

Comerciantes y fabricantes hicieron su aparición en la historia, con una escala jerárquica injusta, pero con el germen amortiguado todavía de una nueva era en su actividad productiva y en su ambición de riquezas para merecer mayor consideración.

Persistió la usura y al correr de los años el usurero se convirtió en banquero, el artesano afortunado en dueño de factorías para la producción en gran escala, el comerciante en una nueva potencia, que prestaba dinero a los reyes y a los nobles. El poder político no podía ser compartido: era monopolio de la nobleza y de los príncipes de la iglesia; pero frente a ese poder político cobró vigor el poder económico y financiero, y a ese poder de la riqueza se asoció el poder de una inteligencia superior, de una capacidad técnica y de una salud física más perfecta y vigorosa.

APARICIÓN DE LA BURGUESÍA

Tenemos, pues, la burguesía de las ciudades, y no faltó la doctrina social que justificase sus derechos al respeto, a decidir sobre los propios asuntos, sus derechos a la dignidad humana. La burguesía, fuerte en sus bienes materiales y en su mejor visión y comprensión de las cosas, en contacto permanente con la realidad circundante, comenzó a mirar cara a cara a la nobleza empobrecida, viciosa, física y mentalmente inferior. La revolución de 1789 abrió el camino para su triunfo en Europa. El poderío antes casi sagrado de los castillos feudales fue arrasado y se comenzó a ver en los altos cargos del Estado, en el mando de los ejércitos, a individuos que no procedían de la nobleza, pero sí de la acumulación de riquezas por efecto de la labor de las manufacturas, del comercio y de la banca.

El pueblo bajo, los menestrales, los mejores artesanos, tuvieron en lo sucesivo el

derecho a dar su sangre para asegurar y defender el triunfo de los nuevos amos, que no tardarían en figurar por sí mismos a por sus alianzas matrimoniales en las esferas del privilegio. Napoleón llenó los odres viejos de la aristocracia decadente con el vino nuevo de marqueses, condes, duques, reyes fabricados en sus momentos de euforia victoriosa. Hubo traspaso de la propiedad de la tierra en algunos países, como en Francia, y la revolución iniciada materialmente con el asalto a la Bastilla de París, suponer de su parte a los siervos de la gleba, ahora campesinos independientes, propietarios de la tierra que cultivaban.

Es verdad que en lugar de los antiguos señores feudales, apareció ahora junto con la soberbia de la burguesía triunfante, el Estado moderno cobrando tributos, impuestos, realizando conscripciones forzosas de soldados, etc., a través de un mecanismo fiscal cada vez más exigente y más caro, pero no obstante la situación creada fue un progreso efectivo y fecundo.

En otros países, los labriegos continuaron ignorados, sometidos al feudalismo, como en gran parte de España, Alemania y Rusia, que se defendieron contra la difusión de las conquistas económicas y políticas de la revolución francesa por la Santa Alianza y otros recursos por el estido; pero no se puede negar que desde 1789 se inicia un nuevo capítulo en la historia humana y social, aunque ese capítulo se venía preparando desde fines del siglo XVII en Inglaterra y desde comienzos del siglo XVIII en Francia misma. En ayuda de los nuevos señores de la burguesía instalada en el poder político, económico y financiero, llegaron las máquinas de producción, el descubrimiento y aprovechamiento de la fuerza del vapor, la revolución industrial y tecnológica con su cohorte de horrores, de miseria, de explotación que superaron en crudeza al antiguo feudalismo, el cual en algunos aspectos estaba tocado de patriarcalismo.

Lo que se llama vulgarmente era del capitalismo es el período que se inicia con la revolución francesa, que rompió los moldes estrechos de las corporaciones gremiales, y con la subsiguiente revolución industrial. La burguesía no fue más humana que sus antecesores en el poder; hasta se podría denunciar un mayor desprecio por la vida y el porvenir de los modernos esclavos, los asalariados de las fábricas, equivalentes nuevos de los castillos derruidos o desprovistos de sus atribuciones. Hubo muchas décadas de horrores cuya descripción parece hoy cosa de imaginación dantesca. Los cuadros que trazó Friedrich Engels en sus obras sobre la situación de la clase obrera en Inglaterra y que Karl Marx reflejó en su obra *El Capital*, no pecan por exceso. Toda-

vía en 1802 disponía una ley inglesa que el trabajo de los apéndices indigentes no debía pasar de 12 horas diarias, sin jornadas nocturnas. Y todavía en 1819 se prohibía emplear menores de 9 años en las manufacturas de algodón, fijando la jornada de 12 horas para los niños de 9 a 16 años. Y aún en 1842 se prohíbe legalmente el trabajo en las minas de niños menores de 10 años y se excluye del mismo a las mujeres. Poca imaginación hace falta para concebir la realidad a que querían poner coto estas leyes. Pero la concentración de las grandes masas proletarias en torno a las fábricas llevó espontáneamente a la idea de constituir con ellas una fuerza para reclamar condiciones más humanas de vida, de trabajo, de higiene, de respeto. Cada paso en el ascenso de los asalariados a un nivel más digno costó ríos de lágrimas y sangre. Se sucedieron las masacres, las ejecuciones, las condenas a presidio por las reivindicaciones más inocentes; algunos de los grandes países modernos fueron inicialmente colonizados por presidiarios, como Australia, o por fugitivos disidentes en religión y en política, como los Estados Unidos. El pecado máximo de esos hombres enviados a las colonias penales de Australia o trasladados a los Estados Unidos, solía ser la pretensión de asociarse, de mancomunar sus fuerzas para hablar más altamente de su condición deprimente y ser escuchados. El derecho de asociación costó un largo siglo de sacrificios inenarrables. Cuando los burgueses estuvieron en el poder, no fueron más blandos, sino más duros de lo que había sido con ellos la nobleza, frente a justísimas exigencias que ellos mismos habían hecho antes.

CAPITALISMO, CRISIS Y GUERRAS

Pertenece todavía a la época que se consideraba un delito, penado con el máximo rigor, la asociación obrera, la insinuación de un cambio económico más equitativo y más fecundo. Y aunque esto es cosa de ayer, a las nuevas generaciones les parece imposible que tal hecho haya podido ocurrir, y hablarles de lo que costó arrancar a la burguesía las más inofensivas concesiones es como fabular sobre el espanto de los primeros decenios de la aparición de la máquina. Parecía imposible que se pudiera llegar a una situación más intolerable que la de la soberbia de la nueva clase gobernante y monopolista de la riqueza. Y la historia había de mostrarnos que ese límite iba a ser superado, y justamente en nombre de la revolución social y del socialismo.

Pero a pesar de ese negro pasado, y aun-

que movido fundamentalmente por el espíritu de especulación y de ganancia, el desarrollo del capitalismo elevó el nivel de vida de los pueblos, puso a su alcance a precios antes sólo accesibles a los potentados, muchos artículos de necesidad, de lujo o de recreo. En 150 años, el mundo en que vivimos experimentó cambios profundos. No desapareció la miseria, pero los trabajadores, fuertes en su unión, saben defenderse contra cualquier extralimitación y reivindican un nuevo derecho que ya es imposible desconocer y que ha sido casi universalmente institucionalizado. Las características del sistema capitalista que tiene por motor las posibilidades del mercado, no directamente la satisfacción de las necesidades humanas, son sus gravísimas crisis periódicas como acompañante permanente y fiel; a la embriaguez y a la actividad febril de un período de alta coyuntura, siguen la depresión y la desocupación. Y de tanto en tanto, también casi fatalmente la guerra entre las naciones, otra gran fuente de beneficios para el sistema que la promueve, generalmente en nombre de los intereses nacionales. Las mayores industrias surgieron y se desarrollaron al calor de la guerra y sólo circunstancialmente tuvieron interés en la paz. Un caso típico es el de Schneider en Francia y el de Krupp en Alemania.

Pero los crisis y las guerras tienden a desaparecer, las primeras porque los trabajadores organizados no las admitirían ya resignadamente y porque están en condiciones de forzar cualquier modo el pleno empleo o algo muy similar; lo segundo porque la capacidad destructiva de las armas modernas llega a tal nivel que si ya en las últimas hecatombes mundiales no hubo vencido y vencedores, sino que todos han sido vencidos, en la guerra con armas nucleares no sólo no habrá vencido ni vencedores, sino que no habrá supervivientes.

No queremos imaginar la situación que se produciría por ejemplo en los Estados Unidos si fuese paralizada la gran industria de la preparación bélica para el ejército, la marina y la aviación del mundo llamado occidental. Instantáneamente se llegaría a una desocupación de varias decenas de millones de personas hoy activas, aunque sean activas en su propio daño y en el del resto del mundo, y el crack industrial llevaría forzosamente a una conmoción que podría poner fin al sistema económico del capitalismo. A veces pensamos que si la Unión Soviética, en lugar de mantener la actividad belicista en el mundo occidental, como justificación de la propia, se decidiera a forzar con su ejemplo la paz en este mundo en crisis, haría mucho más por la revolución de que hablan sus ideólogos y por un reajuste mundial de las relaciones humanas y por el progreso económico y

social de lo que podría lograr de otra manera, con su actual política armamentista. Si por cualquier medio se lograse establecer un mundo de paz, la hora final del sistema capitalista habría sonado.

De todas maneras, es preciso pues, que la economía capitalista se resigne a la pérdida o debilitamiento de sus dos válvulas de escape tradicionales: las crisis periódicas y las guerras. Y esa decisión es precisamente la tarea de las generaciones actuales, cualesquiera que sean los incentivos políticos y sociales que las muevan. Después de la segunda guerra mundial, puestos frente a frente dos grandes bloques, se siguió febrilmente la preparación de la tercera y definitiva conflagración, esta vez con armas nucleares de todo tipo. Los depósitos de bombas atómicas, de bombas de hidrógeno y de los medios para su proyección a cualquier distancia insumieron cifras astronómicas, y millones de hombres, de técnicos, de obreros y empleados, a un lado y a otro de las cortinas de hierro y de mistificación, siguieron viviendo y prestando servicios a la industria armamentista. Pero también esa producción ha de sufrir una paralización provocada por algún mecanismo político o forzada por la conciencia de la esterilidad de ese derroche. El esfuerzo hoy consagrado a la preparación de una guerra en que no habrá supervivientes, tendrá que orientarse hacia una producción para la satisfacción de las necesidades humanas. El sistema capitalista, en su desarrollo gigantesco de los últimos 150 años, creó las bases para su propia liquidación, porque creó las bases y las condiciones tecnológicas que nos llevan a una nueva fase de la historia económica: la de la economía de la abundancia.

LA REVOLUCIÓN COMO PROCESO INEVITABLE

Tanto en el mundo occidental como tras la cortina de hierro que nos aísla del oriental, la industria montada y alentada para la destrucción y la guerra tiene que volcarse hacia la paz y, a pesar del desnivel de vida que existe en todas las latitudes, se puede entrever que en el futuro, y no en un lejano futuro, más que el viejo lema del deber de producir como condición para comer, se nos ofrece una perspectiva nueva y una nueva obligación: la de consumir. Para todo ello echa los fundamentos necesarios la gran revolución tecnológica a que asistimos y cuyos límites todavía no alcanzamos a percibir. No son ya las lanzaderas las que se mueven en el telar sin intervención de la mano del hombre, sino también el telar mismo y la fábrica entera.

La gigantomanía, la muerte de los gigantes, fue hasta aquí una ley biológica in-

judible y lo sigue siendo: por virtud de esta ley se extinguieron los dinosaurios, los cles-tiosaurios, los cliptosaurios y demás monstruos de la paleontología. El aparato capitalista creció en tal desproporción, que sin las válvulas de escape que tuvo en las crisis periódicas y en las guerras, no habría podido sobrevivir, pues le habrían faltado los elementos nutricios esenciales, y por eso habría cedido el puesto a otra técnica y a otra orientación, la de la producción para la vida del individuo y de las colectividades.

En buena parte de los países llamados capitalistas, las condiciones se presentan favorables para ese cambio. Lo mismo que la burguesía fue en otro tiempo un factor social superior a la nobleza por su vitalidad y sus recursos, entre las masas trabajadoras, entre los técnicos y los funcionarios administrativos hay capacidades que superan a las que tienen los llamados burgueses como clase social. Grandes espíritus de empresa, capacidades constructivas excepcionales han surgido de las capas proletarias más humildes y se elevaron a los más altos puestos de la dirección económica. Si este ascenso pudo significar en el primer momento una especie de traición a las grandes masas de que brotaron esas personalidades, con el tiempo el fenómeno se fue generalizando y eso ha probado como no podría haberlo hecho ningún argumento teórico, que la máquina de producción puede funcionar sin el apoyo y sin la dirección directa del capitalista, por el sólo impulso e interés de los obreros, de los técnicos, de los empleados. Y lo que un día fue un programa revolucionario, el socialismo, la socialización de la riqueza, deja de ser una cuestión de partido para convertirse en una necesidad vital para el mundo de esta hora, fruto maduro de un progreso ineludible. La revolución que estamos viviendo no es ya cosa de los revolucionarios, sino fruto espontáneo de un desarrollo económico que destruye los cimientos y los resortes sobre los cuales se ha producido y se manipuló la riqueza en el pasado. Hasta los partidos más conservadores, hasta los que entran en la denominación de reaccionarios, los que pretenden salvar en el hundimiento del mundo capitalista algunas esferas de privilegio, las del monstruo estatal, otro gigante que ha crecido tanto en los últimos decenios que se abrió por sí mismo el destino de los dinosaurios, incluyen en sus programas cláusulas de pronunciado matiz social, hasta socialista, y en algunas ocasiones más audaces que las que se atrevían a proponer los partidos socialistas tradicionales. El capitalismo ha creado el mundo en que vivimos, ha suscitado energías y perspectivas que ya no pueden ni deben dominar; la creación marca el camino y dicta la ley a sus creadores. Como el aprendiz de brujo, después de haber des-

atado los espíritus, se olvidó de la fórmula mágica para devolverlos a la nada. Los trabajadores, los técnicos, los empleados administrativos llevan de hecho las riendas de la máquina económica y conocen mejor su funcionamiento y sus exigencias que los capitalistas, los financieros, los accionistas; quieren llevar las riendas por derecho, pues, únicamente de esa manera se producirá para cubrir necesidades y no sólo para la especulación, la ganancia, el provecho, los dividendos, con los peligros inherentes y que amenazan siempre con las crisis y con las guerras.

Además el capitalismo no es ya una mole granítica uniforme, es un conjunto de actitudes y de categorías que no siempre se muestra solidario ni siquiera frente a los adversarios comunes; hay un capitalismo que podríamos calificar de comprensivo y progresista, que entrevee la evolución obligada de la economía actual; hay un capitalismo colectivo, que es el mayoritario, formado a base de acciones y cuyo accionario comprende también grandes masas de obreros y empleados; existen otras formas económicas que se evaden de una parte de las leyes de la producción y del consumo capitalistas, como el régimen cooperativo, que en algunos países tiene en sus manos casi el 70 % del consumo y un porcentaje respetable de la producción, incluso de la producción industrial.

El capitalismo feudal que hemos conocido y contra el cual hemos luchado con todos los medios disponibles no es ya la norma ni la ley. Hasta las empresas más poderosas tienen que tratar con sus asalariados sobre cuestiones de trabajo, de salarios, de conquistas sociales, de tú a tú, en torno a la misma mesa de discusión. El Estado no siempre se pone servilmente, como antes, de parte de los potentados; en algunas circunstancias se pone sistemáticamente contra ellos, pues si en algunos tiempos los grupos de presión dominantes eran los banqueros, los grandes industriales, los grandes comerciantes, hoy presionan con no menos vigor los sindicatos de trabajadores con su solidaridad gremial. El obrero actual no está solo, abandonado a sus fuerzas limitadas. Al encontrarse dentro de sus organizaciones, fuerte en el derecho conquistado, hace oír su voz e impone respeto a sus reivindicaciones; que todo esto muestra circunstancialmente aspectos que no nos seducen a los que podríamos considerarnos de ayer, de la época de la militancia obrera y no de la era del funcionarismo sindical dirigente, es verdad; pero es verdad también que las cosas han variado mucho y que nos encontramos en la ruta hacia un mundo nuevo que, para llamarlo de algún modo, podríamos llamarlo el mundo del socialismo.

EL MUNDO COMO UNIDAD ECONÓMICA

En esta senda de reajuste económico y social se interpuso el capitalismo de Estado como presunta solución de orden. El capitalismo de Estado ofreció la nacionalización de algunas grandes ramas de industria en lugar de la socialización deseada inicialmente por las organizaciones obreras; y no faltaron partidos llamados socialistas que aceptaron de buena gana esa solución. Pero la experiencia ha demostrado que el capitalismo de Estado no sólo no es más eficiente que el capitalismo privado, sino que en sus manos la industria se vuelve más pesada y más cara, menos ágil, más burocrática, es decir, ofrece un mayor margen al parasitismo. Además fortalece a una institución que también resulta antisocial por el hecho de su simple gravitación creciente en la vida individual y colectiva. Entre la economía en manos del Estado y la economía llamada privada o de libre empresa, preferimos esta última como el menor de los males, porque es más rentativa, más barata, responde mejor a cualquier eventualidad y puede desarrollarse más libre y abundantemente.

Otro de los grandes engaños de nuestra época fue el capitalismo de Estado total como expresión del socialismo. El abandono gratuito de la libertad y de la dignidad personal por la prometida seguridad mostró ampliamente que lleva también a la pérdida de la seguridad, y sobre todo lleva a un derroche infinito para el sostenimiento de una burocracia monstruosa y para la preparación de la guerra en un nivel muy superior al del clásico capitalismo privado. Ninguno de los países donde el capitalismo de Estado se nos ofrece como el paraíso del socialismo puede compararse en standard de vida a los países llamados capitalistas, de empresa privada; sin contar que en éstos todavía se puede hablar en cierto grado de libertad, de respeto humano, hasta de democracia, mientras que en las zonas del capitalismo de Estado ni abunda el pan ni se conoce la libertad y no existe más justicia que la que concibe a su modo y administra la burocracia omnipotente. Tienen tan poco que ver en la cosa pública los trabajadores regimentados allí donde rige la llamada dictadura del proletariado, como los pequeños accionistas en las grandes empresas de los países supercapitalistas.

El capitalismo, a pesar de que en su expansión ha traspasado todas las fronteras y no reconoció razas, religiones ni regímenes políticos cuando se trataba de encontrar materias primas a bajo precio, masas explotables, eventuales mercados para sus productos, es la negación de la solidaridad internacional, aunque también en este aspecto comienzan a verse reacciones como las del mercado común, la comunidad

del hierro y el carbón, etc. El capitalismo privado nutrió al nacionalismo para justificar sus agresiones, y no lo nutre en menor grado hoy el capitalismo de Estado; y en una época en que los transportes y las comunicaciones han borrado todas las distancias, en que las noticias circulan en minutos de polo a polo y alrededor del ecuador, cuando bastan muy pocas horas para llegar a cualquier punto de la tierra, el nacionalismo económico y político es una aberración, una herencia que ridiculiza al hombre de nuestros días, que debería aspirar, no a la independencia, sino a la interdependencia más amplia, todo lo cual no está reñido con el patriotismo, con el apego al suelo natal, a sus costumbres, a sus tradiciones, a su peculiaridad cultural. El mundo debe ser una gran unidad económica, de intercambios sin fronteras, para llegar a ser una unidad moral y cultural dentro de la máxima variedad y una gran unidad política; la de los seres humanos razonables que quieren vivir en paz y felices, porque para ello tienen tras sí muchos siglos de búsqueda afanosa, de esfuerzo, de progreso, de conquista de los medios necesarios para esos fines.

SOCIALISMO CON LIBERTAD

El capitalismo fue una etapa admirable de ese ascenso a una vida mejor, a la posibilidad de una existencia de holgura y de dignidad; con sus ambiciones y codicias, con su ansia de enriquecimiento y expansión, hizo en poco más de un siglo y medio más que en muchos milenios las generaciones anteriores. Hay que estarle reconocido por ello, como hacemos justicia a los resultados que había logrado el imperio de Roma con su avasallamiento de los pueblos para convertirlos por todos los medios en provincias romanas. Pero cuando la persistencia del capitalismo impide hacer de la humanidad entera una vasta comunidad solidaria; cuando se halla en contradicción flagrante con las posibilidades que él mismo puso en manos del hombre de nuestros días; cuando su esencia íntima impide que reine la abundancia de todos los bienes fundamentales para la dicha humana y para el disfrute de la vida, lo que ayer fue un enorme impulso progresivo es hoy una rémora, un lastre perjudicial.

Desde el ángulo de los movimientos sociales socialistas del último siglo y medio, se hizo mucho por descubrir y denunciar la carrera del sistema capitalista, sus injusticias, sus contradicciones inherentes, sus peligros. No es bastante. Esta es la hora de la necesaria y vital superación de la economía capitalista en general por un régimen de expresiones múltiples, pero en el

cual la satisfacción de las necesidades humanas, las físicas, las espirituales, las sociales, constituyan el centro y la cima de todo esfuerzo. Naturalmente, no se destruye más que lo que se sustituye. Y no será superado el sistema capitalista ni no se multiplican previamente las asociaciones libres que ensayen y experimenten otras formas económicas superiores. Si esas asociaciones libres y sus experiencias y ensayos no surgen en todos los lugares posibles, podríamos correr el riesgo de suprimir un absolutismo para suplantarlo por otro. Y si no es admisible ni tolerable una tiranía en nombre de los intereses particulares de una clase llamada capitalista o burguesa, no sería más admisible y más tolerable una tiranía que se implantase en nombre de los intereses o las aspiraciones de los trabajadores.

Hemos llegado a un nivel en que podríamos apelar más aún al deber de consumir que al deber de producir, según hemos dicho. Abundan los brazos, pero sobre todo abundan los cerebros científicos y técnicos para resolver todos los problemas de la producción y la distribución; podemos disfrutar al fin de la paz y de la abundancia que la humanidad no ha conocido todavía más que fugazmente, como etapa de preparación para la nueva guerra. El hombre de nuestros días no tendría perdón y disculpa si en lugar de aprovechar para el bien, para la dicha y la paz todos los recursos de que puede disponer, los aprovechara o los malograra para crear un capitalismo de Estado omnipotente y totalitario o para destruir locamente hasta las bases mínimas de sustentación física sobre el globo. Un mundo unido o ninguno; un mundo feliz o un mundo en escombros; una economía no capitalista, para la plena satisfacción de las necesidades humanas, o el debate estéril en la contradicción, la inseguridad y el temor.

Jamás nos hemos encontrado aún ante un dilema tan angustioso y ante una encrucijada histórica tan trascendente. Jamás estuvo provista la humanidad de mayores arsenales para destruirse. Dispone de grandes depósitos de bombas de hidrógeno y atómicos. Se esfuerza por instalarse en planetas lejanos. Con todo, jamás en la historia estuvo el hombre más indefenso, jamás fue más pobre en recursos para defender su personalidad y su dignidad.

HAY QUE ELEGIR ENTRE DOS RUTAS

Dos son las grandes rutas. Las soluciones y las salidas que se nos ofrecen para encaminarnos a un mundo nuevo, de paz, de justicia, de trabajo fecundo y feliz. Por un lado tenemos, exacerbadas, llevadas al extremo, todas las armas del arsenal del

autoritarismo: el Estado absolutista, centralizado, pero constituido y ornamentado en nombre y para el interés de distintos conglomerados sociales: si se erige en nombre de un nacionalismo agresivo y de un mito racial, llegamos al Estado nazi o fascista; si se erige en nombre de los trabajadores, hasta en nombre del socialismo, llegamos a lo que se comenzó a llamar democracia popular. Con cualquiera de estas dos denominaciones tenemos el absolutismo, tenemos el hombre reducido a su mínima expresión o totalmente anulado en sus valores distintivos y en su dignidad. Con cualquiera de esas dos denominaciones llegamos a 1984, la creación de aquel curioso miliciano nuestro en la guerra española, Georges Orwell. Sobre la teoría y la práctica de lo que son ambas formas gemelas de estatismo, la experiencia fue y sigue siendo muy elocuente y demostrativa; con todo, aun se sigue propiciando como una solución en esta encrucijada. Y es que la tiranía, de tanto arraigo en la historia y en los hábitos adquiridos de sumisión y de obediencia, no es una planta que brota sin el debido terreno nutritivo. Hay tiranos porque hay esclavos y luego hay esclavos porque conviene a los tiranos. Como el paralítico por sugestión, el hombre con vocación de esclavo imagina que no podrá subsistir sin abdicar su personalidad y su dignidad en manos extrañas, al amparo de cualquier mito. Grandes masas obreras, de la clase media y hasta representantes de la llamada burguesía, intelectuales, artistas, claman por una dictadura, como las ranas clamaban por un rey. Debería estar claro para todos, a la luz de las experiencias más sanarrientas y más trágicas, que ese camino lleva a 1984, por vías democráticas o por vías insurreccionales, lo mismo da.

La otra ruta es menos espectacular: quiere hacer del hombre, de sus necesidades y de sus aspiraciones, la medida de todas las cosas; quiere el ensayo y la experimentación en el campo económico y social; quiere la libertad hasta para equivocarse, para errar; quiere una forma de vida no capitalista fundada en las asociaciones libres de productores y de consumidores libres, rechaza todo absolutismo porque sostiene que no hay verdades absolutas, indiscutibles, y por consiguiente, no hay hombres, partidos o clases que estén ungidos con el óleo santo de la infalibilidad; quiere una gran revolución en la moral, en las costumbres, en las instituciones y quiere iniciar esa revolución desde el momento mismo, como hoy mismo se siembra la semilla de la que puede surgir el árbol frondoso mañana. En una palabra, esta solución edifica única y exclusivamente sobre el hombre y su libertad, para que tome en sus manos y sea responsable de su destino.

Se trata de elegir.

por Paul Landy

Entre los numerosos problemas que preocupan a los gobiernos de Europa oriental, ninguno parece más urgente que el que se llama comúnmente "crimen económico" o, como bien lo ha calificado un periódico polaco, "desmoralización institucional". Ya no se cuentan los robos, las fraudes, las acusaciones de corrupción y de mercado negro. Vehementes campañas de propaganda y discusiones teóricas sostenidas en la prensa oficial han revelado la inquietud del partido que está en el poder en todos los países de Europa oriental ante esta marea creciente. Ahora bien, las autoridades aplican esencialmente una terapéutica superficial que no hace sino rozar los verdaderos problemas, evitando cuidadosamente los fustes profundos de la desintegración moral tan ampliamente expandida. Aunque tienen cada vez más conciencia sobre la erosión moral del sistema por dentro, los comunistas arrojan públicamente la culpa sobre ese eterno chivo emisario que son los enemigos de clase nacionales e internacionales que "envenenan el espíritu de las masas laboriosas y meten la confusión en su conciencia".

El crimen económico implica por definición un acto que produce daños a la propiedad socialista o colectiva. El concepto de una economía enteramente socialista permite considerar todo delito contra la propiedad pública como una actividad política contra el Estado. En la atmósfera explosiva de 1957-58, frecuentes latrocinios revistieron también un "carácter contrarrevolucionario" en Hungría y en Rumania.

* * *

En la raíz del crimen económico, se encuentra —para hablar con léxico "marxista-leninista"— la "contradicción irreductible" entre el dogma oficial sobre el "Estado obrero" y la "propiedad del Estado" y las relaciones reales de producción. Milovan Djilas ha definido claramente este importante punto, al escribir:

"La propiedad es legalmente considerada como propiedad social y nacional. Pero en realidad un sólo grupo la maneja en su propio interés. El choque entre las condiciones legales y las condiciones reales tiene continuamente por resultado relaciones sociales y económicas confusas y anormales."

La contradicción entre la ficción legal de la propiedad de Estado y su contenido real —posesión, gestión y uso de la propiedad por la burocracia política— no puede dejar de conducir a la corrupción institucional y a la deformación de la moralidad pública.

A pesar de las diferencias, a veces importantes, que existen según los diferentes países, ciertos rasgos fundamentales son comunes a todos los regímenes totalitarios de Europa oriental en materia de crimen económico. El hecho esencial es que, por la lógica misma de su situación social y económica, los obreros (y las otras capas explotadas) se niegan a reconocer como suya la propiedad social. Bajo un sistema que prohíbe la

* (De "Le Contrat Social").

libre expresión de las opiniones y la protección de los intereses obreros por sindicatos verdaderos, el crimen económico es una forma nueva de la lucha de clases, al reaccionar los obreros de un modo que, al fin de cuentas, viola las normas de la moralidad pública¹.

La contradicción entre la doctrina de la propiedad de Estado y el monopolio ejercido por la élite aparece en gran escala en períodos de crisis aguda: los levantamientos húngaro y polaco estimularon la creación de "consejos de fábrica" y de "consejos obreros" en numerosos países de Europa oriental en 1956 y 1957. Desde entonces, la participación obrera ha sido paulatinamente vaciada de su substancia, incluso en Polonia, mientras que en Hungría los "consejos de fábrica" nuevamente establecidos no eran más que un simulacro de autoridad conferida a los obreros.

Sería por tanto simplificar las cosas en exceso ver en el abismo que separa a los "que tienen" de los que "no tienen" y en la ola de delitos económicos que se suceden una hostilidad política abierta, violenta y contagiosa. Los últimos años de estabilización y de socialización acelerada han sido caracterizados en toda Europa oriental por un estrechamiento progresivo de la compulsión política y por una profunda letargia de las masas. No obstante, los delitos económicos, que van desde los latrocinios a la malversación de fondos públicos, de la corrupción a una gran variedad de actividades del mercado negro, han tomado proporciones desastrosas.

La segunda fuente de los crímenes económicos es el desprecio que se continúa teniendo por las necesidades del consumidor. La relación ingresos —consumo anterior a 1956, que acordaba la prioridad a la industria pesada, ha sido mantenida en todo. Aún cuando el aprovisionamiento en bienes de consumo sea insuficiente tanto en términos absolutos como en relación con el poder de compra, los planes económicos a largo plazo (1961-65) están más alejados que nunca de los principios del mecanismo del mercado, de la adaptación flexible de la oferta y la demanda y de una verdadera descentralización. A pesar de una demanda creciente, ninguno de los regímenes de Europa oriental ha manifestado la menor intención de modificar el esquema del desarrollo económico. Los ambiciosos planes a largo plazo no se hacen para resolver los problemas inmediatos del alojamiento, bienes de consumo y servicios. Tomados entre las redes de los tabús que envuelven a las realidades económicas, esos regímenes se cuidan bien de atacar uno de los factores fundamentales, cuál es la estructura artificial de los precios, que crea un contraste flagrante entre el precio de Estado, de un género raro, y su valor real.

Además de los perjuicios económicos (que se elevan a centenares de millones de moneda local), esos regímenes están alarmados a justo título al constatar que los robos de los bienes del Estado, las malversaciones de fondos públicos y las actividades especulativas son, de hecho, justificadas y aceptadas por la mayoría de los ciudadanos como un medio legítimo de sobrevivir. He aquí lo que dice un periódico polaco:

"¿El número de crímenes económicos está en retroceso? Según los datos oficiales, sí."

¹ Citamos al azar: "Hay que reconocer que la mayor parte de los daños infligidos a la propiedad pública no es causada por los "grandes criminales", sino más bien por los pequeños ladrones, los despilfarradores, los holgazanes. El obrero negligente no considera la propiedad colectiva como suya, y por su irresponsabilidad la propiedad socialista sufre daños inmensos" (Nepszabadsag, Budapest, 12 de marzo de 1959).

Sin embargo, cuando se mira alrededor con ojos bien abiertos, cuando se escucha lo que dice la gente, cuando se observa la vida alegre de algunos que son "materialmente" responsables de diversas instituciones, se llega a la conclusión de que el número de los delitos económicos debe crecer...? ¿Tales hechos son en verdad tan bien ocultados que nadie sabe nada de ellos? De ningún modo. No son difíciles de descubrir sino por los inspectores y difíciles de probar ante los jueces. Pero los vecinos no ignoran lo que pasa. Lo saben pero se callan cuando son interrogados por la milicia en el tribunal...". (Rada Narodowa, 20 de febrero de 1960).

Esta actitud implica un cinismo popular ampliamente extendido y una negación pasiva de los fundamentos de la teoría y la práctica comunista. Un mejoramiento del nivel de vida y concesiones limitadas pueden calmar el sentimiento general de descontento; todo indica sin embargo, cada vez más, que la estructura económica y política comunista —para parafrasear una observación bien conocida de Lenin— engendra la corrupción y la inmoralidad "continuamente, todos los días, a todas horas, espontáneamente y en una escala masiva...".

NATURALEZA DEL DELITO

Se puede distinguir, para simplificar, cuatro grupos principales de "criminales económicos". El primero y más numeroso está compuesto por obreros de fábrica. Como lo advierte un periódico polaco, el robo de la propiedad pública se ha vuelto tan común que ha adquirido, por así decirlo, el carácter espectable de una costumbre. La prensa de Europa oriental abunda en casos de latrocinio². Al lado de los problemas crónicos del ausentismo de los obreros y de la gran inestabilidad de la mano de obra, el robo en fábrica constituye el primer objetivo de la campaña para la protección de la propiedad socialista. El problema es particularmente urgente en Hungría y en Polonia, donde la existencia de un limitado sector privado es una fuente de complicaciones en potencia. En Checoslovaquia, el satélite más próspero, donde la empresa privada ha sido liquidada en 1953, el robo causa pérdidas de más de 400 millones de coronas por año (Nova Mysl, agosto 1957). Esas malversaciones toman a veces un giro vodevilés: 81 deshollinadores de Praga fueron acusados ante un tribunal del pueblo de haber "pescado" 1.700 kilos de salchichones de una fábrica de embutidos (Svobodne Slovo, Praga, 23 de diciembre de 1960).

Más convincentes para explicar ese latrocinio que las imputaciones de los comunistas a los "enemigos de clase", son las duras realidades de la vida económica: excesivas desigualdades de los salarios nominales, ventajas acordadas por el partido a la "élite", volumen de la demanda que excede en mucho a la oferta de bienes y servicios y, **last but not least**, posibilidades aún limitadas de elevación social para la gran masa de los obreros.

Los delitos de los empleados del aparato comercial socializado —malversaciones, compras ficticias, falsos inventarios, etc.— son generalmente atribuidos a un origen pequeño burgués. La diferencia esencial entre obreros que hurtan y empleados que cometen fraudes reside en la impor-

² Prace, del 26 de marzo de 1958, describe cómo un obrero había alcanzado a fabricar ocho calderas de calefacción central durante sus horas de trabajo normales y con materiales de la fábrica. Los vendió en unas 20.000 coronas.

tancia de los perjuicios y la duración de los delitos. Si el obrero de fábrica es a menudo un simple ejecutor de una banda organizada o un pequeño ladrón por su propia cuenta, los que pertenecen a la segunda categoría tienen, en virtud de su situación, más fácilmente ocasión de dedicarse a una actividad fraudulenta en gran escala; y como tienen habitualmente cómplices y subvencionan a los funcionarios encargados de la vigilancia, pueden cumplir sus fechorías durante mucho tiempo. Además, el carácter complejo de las actividades de los gerentes de almacén, contables, comisionistas de compra, etc., las circunstancias favorables así como las tentaciones, son factores muy diferentes de los que influyen en el comportamiento de los obreros.

Considerando las penurias periódicas internas, la falta crónica de bienes de consumo duraderos, la distribución ineficaz y la pesadez de la burocracia (a los que se agregan en estos últimos tiempos en Bulgaria, Checoslovaquia y Hungría serias dificultades en el aprovisionamiento en productos agrícolas), las ramas distribuidoras de las economías de Europa oriental son el semillero de una multitud de "negocios". Según estimaciones fundadas en estadísticas oficiales, por lo menos el 15 % del movimiento de las mercaderías y del dinero se hace en Polonia fuera de las vías legales. Una lista negra establecida por el ministerio de comercio polaco da los nombres de 19.000 antiguos empleados de comercio que han infligido perjuicios que se elevan a 243 millones de zlotys (Glos Robotniczy, Varsovia, 20 de mayo de 1960). En Bulgaria, el 70 % de las personas condenadas a muerte por crímenes económicos en el curso de los tres últimos años eran empleados de la red comercial.

Esta segunda categoría es una "correa de transmisión" entre los empresarios legales e ilegales, de una parte, y los obreros ladrones y la capa inferior y mediana de la burocracia de Estado, de otra, como lo atestigua la siguiente historia:

"Un vendedor de la cervecería Koebanavai de Budapest, llamado Istvan Vig, forma una banda criminal de 62 personas compuesta de obreros, embaladores, vendedores y guardianes. Durante tres años la banda roba cerveza, toneles, botellas. Se había combinado con los guardianes, encargados de controlar las salidas de mercaderías, para sacar más que la cantidad computada. El negocio se extendió y fueron malversados envíos completos de cerveza. Por medio de "contactos", la cerveza y las botellas robadas fueron vendidas al precio de lista a veintenas de gerentes de comercios y cafés pertenecientes al Estado en Budapest y en las localidades próximas. En total, 1.500 cajas de cerveza fueron birladas. Los recelosos las vendían a su vez con un beneficio sustancial. Quien obtuvo mejor resultado fue Laszlo Galgoczi, director de un centro cultural de Pestzsebet, que reconoció haber recibido mercaderías robadas, pero también haber engañado sobre el peso y aumentado los precios. Con el producto de sus latrocinios se había comprado un coche, un televisor y una máquina de lavar" (Nepszava, Budapest, 4 de febrero de 1960).

POLONIA Y HUNGRÍA

La ósmosis de los grupos, que se puede llamar el "esqueleto institucional" de la corrupción y de la especulación, vale sobre todo para Polonia y Hungría, donde, desde 1956, existe más libertad en diversos sectores de la vida interior. Aun cuando muchas de esas libertades han sido suprimidas o restringidas poco a poco, los pequeños productores urbanos que forman el tercer grupo de "criminales" constituyen siempre una parte esencial de la vida económica cotidiana. A pesar de las estrictas li-

mitaciones y de las molestias crecientes, la iniciativa privada se desarrolla a ritmo acelerado, según una ley natural perfectamente incompatible con los principios comunistas así como con el "plafond" impuesto en el comienzo a sus actividades. En el espíritu de los dirigentes de Polonia y de Hungría, el sector privado era, en efecto, ante todo, un expediente económico para aliviar las dificultades de los servicios de consumo, para completar el artesanado, para acelerar la construcción y producción de ciertos productos de alta calidad. Pero cuando se hizo evidente que la iniciativa privada, en virtud de su dinamismo inherente, extendía sin cesar su influencia, los gobernantes comenzaron a cambiar de rumbo, renunciando a su benevolencia inicial. Diversas medidas —controles estrictos de los precios y de las materias primas, aumento de los impuestos y de los alquileres, limitaciones en la importancia y el emplazamiento de los negocios— fueron tomadas para detener el crecimiento del sector privado³.

Las nuevas restricciones actuaron sin embargo como un bumerang, pues agravaron las dificultades debidas a la ausencia de un mecanismo de mercado e influyeron sobre las relaciones sociales y la moral pública. Las empresas privadas, para procurarse las materias primas que tanto necesitaban, debieron recurrir a la corrupción, a las operaciones del mercado negro y a la especulación, estimulando también el latrocinio. La política de "ducha escocesa" de los dirigentes polacos y húngaros atenua que tienen conciencia del conflicto entre las exigencias económicas y las consideraciones doctrinales⁴.

Un ejemplo de los choques entre los productores y el régimen lo ofrecen los zapateros húngaros, que han sufrido durante largo tiempo la falta de cuero de buena calidad. Un grupo de 65 especialistas montó un negocio floreciente comprando, tratando y vendiendo excelente boxcalf para calzado. Janos Szemes, antiguo comerciante, obtuvo una licencia de comercio para la casa de cueros administrada por el Estado. Puso en pie una importante red de representantes y de técnicos. Poco después fue creada una pequeña fábrica de cuero. Las pieles eran compradas a 100 florines la pieza, el costo de producción era de otros 100 florines y el producto era vendido a 500 florines. Sandor Szabo, comerciante de Nyiregyhaza, transportó por avión importantes contingentes de cuero de Budapest a Nyiregyhaza. (Hagamos notar que los viajes aéreos en el interior de Hungría son todavía un lujo reservado a poca gente, en su mayor parte funcionarios). Y cuando un zapatero a la moda de la calle Vadi olfateó el buen cuero que se encontraba en Nyiregyhaza, se fue allí en avión y lo transportó a Budapest. Entre tanto, Szemes & Cía. distribuían los dividendos. En un año, los beneficios subieron a un millón de florines. El "director" y los "accionistas" fueron arrestados en julio de 1958 y condenados

³ En Hungría, fue publicado el 19 de mayo de 1958 un nuevo código de reglamentos restrictivos. Desde entonces, el número de artesanos privados disminuyó de 119.300 a 90.000. En Polonia, el número de los negocios privados ha decrecido de 4,4% en el curso de los tres primeros trimestres de 1960.

⁴ Ver el discurso pronunciado por Kadar el 15 de octubre de 1958 en una reunión electoral: "Los artesanos y comerciantes privados continuarán durante muchos años gozando de la posibilidad de trabajar activamente como pequeños capitalistas... Nosotros pensamos que vendrá el momento en que darán un paso adelante para unirse al resto de la población en una sociedad en que no habrá más capitalistas".

a penas de dos a cinco años de prisión (Erdkes Ujsag, Budapest, 7 de agosto de 1958, y Esti Hirlap, 12 de abril de 1959).

CORRUPCIÓN EN LA CÚSPIDE

Entre los crímenes económicos, aquellos que se relacionan con la proliferación de empresas semicapitalistas y con la corrupción de la burocracia de Estado han suscitado, a justo título, una atención particular. La primera categoría de los "crímenes" —robo por los obreros de fábrica— es interpretada por algunos como una prueba de que el socialismo no es después de todo una "realidad irreversible" en Europa oriental. Sin embargo, si el instinto de provecho y la búsqueda de una mayor seguridad material son factores esenciales de los delitos económicos, no parecen amenazar la estructura económica de esos Estados. Por otra parte, los numerosos casos de corrupción entre los funcionarios tienden a confirmar la impresión de que las generalizaciones de Diilas sobre la "nueva clase" valen para todo el aparato político de cada una de las satélites.

Resulta, sin embargo, un exceso de simplificación usar un término tan generalizador como la "nueva clase" para designar grupos diversos en diferentes países, que poco tienen en común, aparte del hecho que representan las capas inferiores del aparato burocrático y la cuarta clase compuesta de delincuentes económicos de alto vuelo. La reacción de la burocracia ante las presiones venidas en parte de abajo y en parte de las contradicciones del sistema mismo, varían mucho en función de la conciencia y de la homogeneidad del grupo, de la honestidad política, de la vigilancia del partido y de la estabilidad política y económica del país.

La confianza que los regímenes totalitarios conceden en una burocracia de Estado a los derechos adquiridos crea inevitablemente una tendencia a la autocorrupción y a un sistema complejo de privilegios; pero también conduce inexorablemente a un conflicto entre los principales grupos de la jerarquía y en el interior de esos grupos. La experiencia muestra que la capa inferior de la burocracia de Estado está dispuesta a cometer o a excusar toda suerte de crímenes económicos: las posibilidades de progresar son débiles y la sed de ventajas y brillo (bienes de consumo durables, automóviles y, al poco tiempo, turismo al extranjero) tanto más fuerte. Aun cuando, por razones evidentes, hay muy pocos datos estadísticos propicios para ofrecer una apreciación sociológica de la anatomía del crimen, las fuentes oficiales polacas y húngaras confirman esta tesis⁵.

La degradación de los principios morales entre los funcionarios se ha convertido en una de las principales fuentes de la inestabilidad interna

⁵ Según Trybuna Ludu (13 de diciembre de 1960), un gran número de personas (5.096) revocadas por la comisión central de control del partido en el año 1960, ocuparon "importantes situaciones en el aparato de Estado y en el aparato económico, incluyéndose entre ellas 257 directores y 1.083 altos funcionarios, muchos de los cuales pasan por haber sido activistas en los comités del partido de wojewodztwo (distrito) y en los comités municipales". Según Słowo Powszechne (3 de noviembre de 1960), "las causas más frecuentes de los crímenes (entre los funcionarios) fueron la ausencia de responsabilidad moral de parte de los directores del comercio socialista, el deseo de aumentar sus ingresos, la sed de distracciones y de una mayor comodidad personal y la malvada actitud moral de los empleados del sector comercial".

en Polonia y en Hungría, mientras que en los demás países satélites ella es menos perceptible. Este contraste se debe a una combinación de factores políticos y económicos.

El descontento nacional, la presencia de tropas soviéticas, el bajo nivel de vida, el contragolpe de las purgas políticas y el fraccionismo en el partido, todo eso se había conjugado para crear en Hungría (por un tiempo) la posibilidad de un cambio violento del sistema totalitario y en Polonia para la transformación pacífica de ese mismo sistema. A pesar de contrastes notorios, el estallido de la revolución húngara y la paulatina marcha atrás del régimen de Gomulka han provocado en los dos países una desintegración política y moral: en Hungría está teñida de un odio popular; en Polonia, de desesperación. Es así que los crímenes económicos no son sino el reflejo de una crisis moral aguda que alcanza tanto a la *intelligentsia* como a la juventud y se manifiesta en la élite política.

El régimen checoslovaco, que ha logrado preservar intacta la ficción del dogma sacrosanto, jamás dejó de tratar ligeramente la vida intelectual y ha canalizado el descontento popular gracias a concesiones económicas. Una línea esencialmente conservadora le ha permitido hasta ahora alcanzar un grado sorprendente —para la Europa oriental— de estabilidad interior. Han contribuido a ello, se entiende, una serie de factores: industrialización anterior a la guerra, nivel de vida relativamente elevado, ausencia de un descontento nacional explosivo y pasaje sin dolor de la era de Gottwald al reino de Anton Novotny. Por todas esas razones, el partido comunista checoslovaco ha podido insuflar a la burocracia un "sentido de su misión" con más éxito que ningún otro partido de Europa oriental.

EN BULGARIA

Los recientes acontecimientos de Bulgaria, por ejemplo, aportan la prueba de que una conjunción menos feliz de factores de estabilización puede engendrar crisis repentinas en los sectores claves y animar la corrupción entre la burocracia inferior y media, sin por ello constituir una amenaza inminente para el Estado. Aquí, incluso en el período crítico de 1956-57, el edificio político e ideológico de la dictadura total ha permanecido intacto: el partido y el aparato de Estado resistieron la infección del revisionismo; la fermentación intelectual y el descontento popular fueron generalmente sofocados. Sin embargo, la estabilización tuvo siempre en Bulgaria límites más bajos que en Checoslovaquia pues, a pesar de algunas concesiones económicas, el desarrollo de las fuerzas productivas no es acompañado de una elevación correspondiente del nivel de vida, el cual sigue siendo notoriamente bajo.

Pero volvamos a los acontecimientos más recientes en ese "anacible" satélite. Desde el comienzo del año 1959, la eficacia, la disciplina y la moral de la burocracia del Estado y del partido se han debilitado peligrosamente. Lo más gracioso es que ese proceso fue puesto en danza por el mismo partido, que sobrestimó las posibilidades reales y proclamó hace dos años un "gran salto adelante"⁶. Fueron fijados objetivos fantásticos,

⁶ Para un informe completo sobre Bulgaria, ver Boris Christoff: "The Bulgarian Leap Forward", en *Problems of Communism*, setiembre-octubre de 1959.

modificados en parte después. Sin preparación suficiente, se procedió a una reorganización y descentralización radicales del Estado y de la administración económica. Una vez terminada la colectivización agrícola, se ordenó una fusión profunda de las granjas colectivas, pues se dio marcha atrás en la división de las granjas demasiado grandes. Fueron confiscados los terrenos privados de los miembros de las granjas colectivas, pero como la escasez comenzaba a tomar proporciones desastrosas, los dirigentes del partido condenaron la "actitud incorrecta" de los responsables y proclamaron una vez más el carácter sagrado de las parcelas privadas.

Esas fluctuaciones de la política fundamental hicieron que la conciencia de grupo, la cohesión y la seguridad de los escalones inferiores e intermedios del poder se encontraran minadas y se retardara la transmisión de las órdenes superiores. Ante todo, el partido hizo un gran esfuerzo por suprimir las fuentes de descontento acentuando su vigilancia y eliminando a los "escépticos" de los planos superiores de la jerarquía. En seguida, una ayuda masiva de la U.R.S.S. salvó al país del hundimiento económico.

Tales períodos de inestabilidad, causados por virajes en redondo de la política fundamental, pueden por cierto aparecer en **todo** sistema totalitario. El ejemplo de Bulgaria demuestra, sin embargo, que no implican necesariamente una oposición sistemática hacia los dirigentes, y menos se puede hablar de una amenaza directa para los cimientos del régimen. A menos que ocurran cambios imprevistos en el bloque soviético, el ejemplo búlgaro prevalecerá más que el húngaro o polaco en materia de corrupción institucional en las "democracias populares".

LAS CONTRAMEDIDAS

¿Hasta qué punto han podido los regímenes de Europa oriental frenar la propagación de los crímenes económicos mediante medidas administrativas? El encarnizamiento puesto en atrapar a los culpables usando el terror, se ha revelado hasta ahora singularmente inoperante. Una amplia gama de medidas coercitivas, entre ellas un gran número de penas de muerte, prisión a largo término y deportación, y la creación de campos de corrección por el trabajo no han logrado revolucionar la naturaleza humana; tales medidas no han hecho más que retardar las tímidas tentativas de abordar francamente el verdadero problema⁷.

En lugar de estimular el nacimiento de la "moralidad socialista" anunciada desde hace tiempo, esas medidas han reforzado un sentimiento de "solidaridad clandestina" entre los obreros y han creado en el pueblo una

⁷ Penas de muerte por "crímenes económicos particularmente graves" fueron aplicadas por primera vez en Bulgaria en 1954, en Rumania y en Hungría en 1958 y en Polonia en 1960. Radio Varsovia anunció (el 22 de diciembre de 1960) la condena a muerte de un antiguo vicepresidente de la curtiembres cooperativa *Przyzysloc* de Radom, por malversación de fondos públicos y operaciones de mercado negro con cuero, que causaron al Estado pérdidas de 20 millones de zlotys. Otros tres inculcados fueron condenados a prisión perpetua y doce más a penas de 6 a 15 años de prisión. En Bulgaria, fueron condenadas a muerte 43 personas, desde 1956, por crímenes económicos. En Checoslovaquia, los crímenes contra la propiedad de Estado son pasibles de penas que van desde tres meses a veinte años de prisión.

aprehensión ante las pesadas condenas infligidas por delitos que considera generalmente como armas necesarias de autodefensa económica⁸.

Desde principios de 1960, se realizó un esfuerzo resuelto (particularmente en Checoslovaquia, en Polonia y en Hungría) para resucitar y extender la actividad de los "tribunales de camaradas" que, con excepción de Bulgaria, habían sido establecidos en 1956-58. Por contraste con la Unión Soviética, no fueron nunca en los países de Europa oriental un instrumento importante para imponer la disciplina del trabajo y las normas de comportamiento social. Es, sin embargo, cada vez más evidente que sin la participación popular, "la ofensiva reencuentra el vacío". Las nuevas medidas tomadas por los soviéticos en este dominio constituyen un esfuerzo por elevar la "conciencia política" de las masas.

Aun cuando los nuevos reglamentos relativos a los "tribunales de camaradas" siguen de cerca el ejemplo soviético, existen en Europa oriental diferencias importantes en cuanto a la interpretación del papel de esos tribunales. Como las "democracias populares" están todavía en la "primera fase" del desarrollo socialista ("transición revolucionaria del capitalismo al socialismo"), se pone el acento sobre la función educativa y la función de intimidación directa de los tribunales, y no sobre el papel más amplio que deberían jugar en una sociedad comunista ideal. Salvo en Checoslovaquia, las nuevas instituciones parajudiciales no han pasado del estado experimental. La aplicación en grande de un poder extrajudicial, especialmente la falta de garantías en el procedimiento, no ha sido abiertamente criticado, como podía esperarse, más que en Polonia.

Todo indica que los nuevos recursos utilizados en la campaña contra los crímenes económicos son considerados por la población como un presagio de nuevas molestias. La experiencia del pasado enseña que la aplicación de medios extrajudiciales tiende a reforzar el papel del miedo y de la coerción.

* * *

En resumen, la floración de los crímenes económicos es en parte el precio que pagan los regímenes comunistas por sus fábulas sobre la "propiedad socialista". En un concurso de circunstancias desfavorables, la "desmoralización institucional" puede tomar formas políticas; pero a menos de una grave crisis, esta enfermedad revestirá más simplemente el aspecto del enriquecimiento personal. Una atenuación de la dictadura del partido y una mejoración del nivel de vida pueden detener el mal. Pero los factores permanentes —mito de la propiedad del Estado como perteneciente a los obreros y prioridad de la industria pesada a expensas de las necesidades de la población— seguirán siendo agentes de corrupción. Si los regímenes continúan apoyándose esencialmente en los viejos métodos de coerción y en los recientes expedientes extrajudiciales, los crímenes económicos no pueden sino subsistir como focos de infección en el cuerpo político, a pesar del progreso económico.

⁸ De *Nepakarot*, Budapest, 12 de noviembre de 1957: "Una solidaridad de mala ley se ha desarrollado en ciertas fábricas. Se considera "elegante" robar. Ese género de solidaridad no puede ser tolerado".

por Jorge Ballesteros

Poeta desmesurado y sutil, Luis Franco también es analista perspicaz de la historia, en particular de la historia argentina, secularmente mistificada por nuestra oligarquía.

En los capítulos iniciales de este libro esclarecedor, Franco hace un análisis rigurosamente marxista de la sociedad burguesa contemporánea y del sistema de los monopolios norteamericanos. Franco examina, documentadamente, las contradicciones capitalistas, la política internacional de los trusts, la burocratización de los grandes sindicatos, el desarrollo de la industria de los armamentos al amparo de los gobiernos y de la misma Iglesia—"Laski denunció que el 60 por ciento del alto clero inglés era accionista de las fábricas de armas". Pone luego en evidencia la actuación de Roosevelt como "salvador" del capitalismo norteamericano, destaca la filiación conservadora de los jefes sindicales yanquis más famosos: Gompers, fundador de la "American Federation of Labour", Lewis, oportunista líder de los mineros; Reuther, presidente del "Congress of Industrial Organizations", practicantes todos de un sindicalismo domesticado por el gran capital, creyente en forma explícita en el "american way of life: el estilo americano de vida", sin ningún contenido de rebelión finalista contra los amos industriales y militares.

Al mismo tiempo que formula estas denuncias, Franco hace una breve reseña de los acontecimientos más importantes del siglo: las revoluciones rusa, china y española; las últimas panguerras. En tal trance, su pensamiento renuente a los convencionalismos, adquiere el esquematismo característico y las inflexiones mesiánicas del marxismo ortodoxo. Así, en su alusión a la revolución rusa, Franco muestra como "libertadores", a Lenin, fundador de la Cheka, la policía política que sustituye a la Okrana zarista, y a Trotsky, fundador del Ejército Rojo —hoy uno de los más parasitarios y belicosos del mundo— y masacrador de los marineros revolucionarios de Kronstadt. ¿Es posible que Franco crea que la revolución rusa fue obra exclusiva de los bolcheviques? ¿Es posible que ignore la actuación de Néstor Makhno, el campesino ucraniano que combate victoriosamente contra Wrangel y Denikin y otros invasores imperialistas y es eliminado después por el centralismo bolchevique —encarnado, precisamente en Lenin y Trotzky— mediante intrigas y traiciones como las que harían tristemente famoso a Stalin? ¿Es posible que Franco piense que en Rusia, el estado policial más opresivo de la historia, dominado oligárquicamente por burócratas de partido y militares profesionales, en Rusia, donde la censura del funcionario interviene hasta en las notas musicales, en Rusia, donde no hay derecho de huelga ni oposición política, existan mejores "bases" para la revolución social que en el más reaccionario país capitalista? La respuesta afirmativa se deduce, lamentablemente, de

* Por Luis Franco. Editorial Stilcograf.

Con motivo de recientes celebraciones de ciertos acontecimientos históricos, el autor ha juzgado oportuno actualizar un comentario de la obra en que Luis Franco analiza y enjuicia importantes episodios y personajes de la historia argentina.

frases como esta, de neto cuño mesiánico: "Marx era la última encarnación de Prometeo que venía a robar el fuego sacro a los ventripotentes dioses del Olimpo capitalista", y de todo el contexto de sesgo político perteneciente a los capítulos iniciales.

Desde que empieza a dilucidar, con genuino ánimo "revisionista", el acontecer histórico de Latinoamérica y de la Argentina, Franco comunica a su prosa una levantada entonación admonitoria que se mantendrá, con algunas caídas en el dicitario gratuito, hasta las páginas finales, dedicadas a resumir su bizarro ataque contra nuestras calamidades: la frondosísima burocracia militar, un activo clero reaccionario, la judicatura de clase, la vieja oligarquía terrateniente y la nueva oligarquía industrial. Franco hace notar que Latinoamérica, pese a exteriorizar una relativa independencia política, ha sido siempre colonia del capital extranjero: de la libra esterlina primero, del dólar actualmente. El sometimiento a las conveniencias de la metrópoli imperialista distorsionó la economía de estos países, relegados durante décadas, a ser meros productores de materias primas. Cuando las circunstancias históricas lo demandan —guerra o crisis en los países colonialistas— o cuando resulta ventajoso para ciertos monopolios, adviene la industrialización, siempre precaria porque carece de sustentación autónoma: las maquinarias y los combustibles vienen del extranjero; la energía eléctrica y los transportes están controlados por los trusts metropolitanos. Este panorama de real servidumbre económica se conjuga con la servidumbre política, afianzada en cada país mediante la colaboración de honorables patricios —intelectuales, hacendados o empresarios— militares **democráticos** o **despóticos** y políticos profesionales que entran al gobierno como a la cueva de Alí Babá.

Franco destaca la complicidad del clero con los gobiernos más retrógrados del país, desde la reforma rivadaviana, "que les había descubierto el puñal bajo la sotana y la mancebía tras el confesionario" hasta la época en que un alto dignatario eclesiástico dijo en público que "si no fuera obispo, sería peronista". Nuestro país, como muchos otros de Latinoamérica, es víctima secular del "imperialismo tonsurado" que Franco denuncia, aliado tradicional del imperialismo económico.

El numerosísimo ejército de Jerjes sirve a Franco de parangón al referirse a las fuerzas armadas argentinas, cuyos gastos absorben el cincuenta por ciento del presupuesto nacional y son, por lo tanto, la causa principal de nuestra penuria económica. "Desde 1930 —dice Franco— el ejército viene controlando la política nacional: es decir, sin su respaldo, los gobiernos de Uriburu, Justo y Castillo no hubieran podido sostenerse contra la voluntad adversa de la inmensa mayoría popular". Después de la independencia, "el ejército no desempeñó más función bélica que la que emprende sin tregua ni estruendo, ni humo, contra el presupuesto..." y contra la clase trabajadora, en varias batallas de exterminio: la de Vaseña, en que el joven teniente Perón restableció el orden, masacrando a centenares de obreros; la de la Patagonia, conducida por el teniente coronel Varela —ascendido por Yrigoyen a coronel, después de su hazaña— que fusiló a más de 3.000 peones huelguistas o en represiones como la

de José León Suárez, en la que el teniente coronel Fernández Suárez hizo fusilar a civiles inocentes, obreros en su mayoría.

Paradigma del arribista político, Mitre es la figura clave del falseamiento de nuestra historia.

Franco glosa la biografía real de este prócer oligárquico, que tanto difiere de la convencional biografía difundida por los manuales escolares y los editoriales patrióticos de la gran prensa.

Como lo hiciera notar Alberdi, el empleo del militar mercenario fue para Mitre su **modus vivendi** más frecuente, en la época de su emigración. Después de Caseros, en que tuvo una actuación secundaria, Mitre, orientado por su álaque oportunismo, se incorpora a la triunfante facción de los unitarios porteños, integrada en su mayoría por comerciantes y hacendados que pretendían conciliar la ideología liberal con sus intereses de clase, según su peculiar interpretación de la libertad: "señorial y sectaria, de puño de encaje y de dosel de terciopelo —para definirla con palabras de Martí— más de la localidad que de la humanidad". Esta facción coincidía, circunstancialmente, con los estancieros y saladeristas partidarios de Rosas, en el rechazo de la unificación del país propiciada por Urquiza, por cuanto ella implicaba la nacionalización de las rentas de la aduana de la capital, hasta entonces proficua y exclusiva fuente de ingresos para todo terrateniente o empresario bonaerense, cualquiera fuese su preferencia en el uso de la divisa celeste o punzó. El confederalismo popular, expresado por Urquiza, representaba a la inmensa mayoría del país, pero carecía de recursos materiales y de posibilidades de rápido acceso al poder: en el territorio mediterráneo, asolado por las guerras civiles y sometido a la incesante exacción de Buenos Aires —utilizada adicionalmente por la dictadura rosista como medio de presión política— dominaba la figura del vencedor de Caseros, obstáculo intolerable para las ambiciones de primerísimo plano que alentaba el joven —treintaiún años— teniente coronel Mitre.

Mitre opta por el localismo bonaerense. Inmediatamente pasa a formar parte del gobierno provincial y al poco tiempo se convierte en su doctrinario: escribe un folleto, **La República del Plata** "para demostrar a Buenos Aires las altas conveniencias de segregarse del resto de la república". (Franco).

Consecuente con los intereses que defiende, Mitre suscita, junto con sus secuaces, el enfrentamiento con la Confederación, asume la jefatura militar de la provincia insurrecta y es tal su habilidad demagógica y retórica, que después de ser derrotado en Cepeda, mantiene su posición de preeminencia en el **Estado** de Buenos Aires, a cuya oligarquía ha hecho olvidar su condición de advenedizo, sirviéndola con agudo sentido de su idiosincracia y de sus móviles políticos.

Mitre "hace carrera" rápidamente en la provincia secesionista: en metódico empinamiento es diputado, ministro de guerra y marina, comandante en jefe del ejército; gobernador. Pese a su juventud, Mitre era serio y solemne; las invocaciones patrióticas abundan en sus discursos y artículos periodísticos. A propósito de esos rasgos diría su implacable fiscal, el probo y sagaz Alberdi: "Hay patriotas para quienes la revolución es muy seria, en cuanto es una explotación tan fecunda como la

agricultura. Nunca he podido tener la seriedad de darme a esa industria".
Derrotado en Pavón —Franco lo llama "el infalible Napoleón de la derrota"— Mitre se atribuye el triunfo, aprovechando el abandono del campo de batalla que hace Urquiza —a quien ha socavado psíquicamente mediante el acoso conjunto de la intriga política, la extorsión económica y la adulación personal.

Urquiza defeciona también del escenario político. Mitre negocia con la Confederación. Su secesionismo pertenece al pasado. Ha entrevistado ahora la posibilidad de ser presidente de la república. Lo será con ayuda del fraude organizado en escala nacional: Mitre inaugura el procedimiento electoral que se consustanciaría con la política oligárquica en la república constituida.

Helo ya general y presidente: maduro para su desaguisado mayor, el que justificará el calificativo de José Hernández: "hombre funesto para tres repúblicas": la guerra con el Paraguay, el genocidio más cuantioso que se haya cometido en Latinoamérica.

Al iniciarse el conflicto, el Paraguay era uno de los países latinoamericanos de técnica más avanzada: había inaugurado, hacía poco, el primer ferrocarril de América del Sur (Asunción - Villa Rica); contaba con marina mercante nacional —la marina mercante argentina recién sería creada en 1941—; poseía numerosas fábricas, hornos semialtos... y carecía de deuda externa. Su población, de elevado índice de alfabetización, superaba, en 1857, 1.300.000 almas.

A los seis años de guerra sin cuartel el panorama del Paraguay era desolador: sus campañas y ciudades estaban casi totalmente arrasadas; su población había quedado reducida a 350.000 habitantes, la mayor parte mujeres, ancianos y niños de corta edad. Además, una enorme deuda, impuesta por los vencedores y regulada por la banca inglesa, hipotecaba el porvenir de la mísera y martirizada nación.

La moderna crítica histórica ha establecido, a la luz de irrefutables documentos —exhumados, entre otros, por Carlos Pereyra, Efraím Cardozo, Fermín Chávez— que a Mitre no sólo le corresponde el cargo de urdir y emprender la guerra, de consuno con la aristocracia imperial del Brasil, sino también la trágica responsabilidad —personal e intransferible— de continuarla hasta la virtual aniquilación del Paraguay. Después de infligir a Mitre dos derrotas consecutivas, Solano López le pide uno entrevista. En ella, López ofrece su dimisión a cambio de una paz honorable para su país. Pocas veces el devenir histórico presentaba a un hombre público semejante oportunidad de hacer tanto bien a sus coterráneos con sólo mínimas dotes de magnanimidad e inteligencia cívica: retirado López, su régimen autoritario, que preocupaba a sus vecinos, hubiera sido gradualmente sustituido por otro republicano y pacifista; la Argentina, sedicentemente democrática, se liberaría de su incómoda alianza con el Brasil, imperio esclavista; el Paraguay, intacto en su potencial técnico, habría apuntalado la recuperación de la economía rioplatense postrada por las guerras civiles. Pero Mitre exige a López la rendición incondicional: el completo sometimiento del Paraguay al arbitrio de los invasores. Era Mitre en ese momento, según Blanco Fombona, "el hombre vanidoso y mediocre, a quien la casualidad ponía un inmenso poder en sus manos".

Incompatible con la probada lealtad de López a su pueblo, y lo que

es mucho más importante, incompatible con la dignidad individual y la independencia política de los paraguayos, la exigencia de Mitre entrañaba la prosecución de la guerra. A los diez días de la entrevista, al frente de fuerzas que quintuplicaban a las paraguayas, Mitre es derrotado en Curupaytí, con pérdida de la mitad de sus efectivos. Los generales brasileños, convencidos de su inepticia, obtienen su alejamiento temporal de la dirección de la guerra. "Hasta los soldados rehusaban obedecer". (Blanco Fombona).

Centenares de miles de muertos en cuatro países, incremento aplastante de la deuda pública nacional, desprestigio de la política argentina en el exterior: tales fueron los aciagos frutos de su presidencia. Impertérrito, viviría hasta casi el fin de sus días con aspiraciones de ser presidente otra vez y apelando a la subversión en varias ocasiones —afortunadamente, sin éxito— para concretar su pretensión; continuaría con su biografía de San Martín —había escrito ya la de Belgrano— la falsificación mitológica de la historia argentina, que todavía padecemos: dos auténticos grandes hombres, vistos a través de su ampulosidad y megalomanía, fueron convertidos en personajes cuasi sagrados, de predestinada y apenas descifrable humanidad; usaría su predicamento periodístico para acrecentar la subordinación de nuestra economía al entonces poderoso imperialismo inglés.

Dice Martí, comentando el fin de Bolívar: "Murió pobre y dejó una familia de pueblos". En contraste con ese prócer de verdad, Mitre, que comenzó su carrera política sin bienes de fortuna, murió rico y dejó una familia —la propia— de comerciantes, diplomáticos y profesionales, millonarios.

* * *

A continuación de las gigantescas depredaciones de la oligarquía, que los Mitre, los Roca y los Pellegrini encubren con arranques patrióticos, Franco consigna los torpes timos del Yrigoyenismo. "En el Consejo Nacional de Educación se gastaron en un solo año más de 9 millones de pesos sin fundar una sola escuela...". "Se compró el barco Bahía Blanca en 6 millones de pesos, se gastó un millón en reparaciones y se terminó vendiéndolo en 30 mil pesos...".

Aunque su crítica es certera, el análisis que Franco hace de Yrigoyen y su influencia, adolece de cierta ligereza.

Como su antecesor Rosas y su sucesor Perón, Yrigoyen prevalece en la política argentina de su tiempo, inicialmente apoyado por un desbordante movimiento popular —cuyo origen, pertinacia y modalidades aguardan aún la detenida investigación socio-histórica— mucho más importante que los rasgos anecdóticos de su personalidad o las malversaciones de sus encumbrados correligionarios, nunca superiores en magnitud —sin que acotarlo signifique excusarlos, sino simplemente, ponderar su monto— a las colosales estafas de la oligarquía. Ni el primitivismo ideológico de Yrigoyen, que se reflejaba en la enigmática repetición de palabras-símbolos, devenidas plataforma electoral y programa de gobierno: "causa", "régimen", "ostracismo", "reparación", "credo"; ni el latrocinio fiscal a que se dedicaron muchos de sus funcionarios, son elementos de juicio suficientes para ubicar y calificar la insurgencia radical.

Franco zahiere a Yrigoyen pero no señala las razones sociológicas de su extraordinaria gravitación política y de su inevitable fracaso. Por otra

parte, Franco subestima, aludiéndolo marginalmente, uno de los escasos saldos positivos del yrigoyenismo: la defensa del patrimonio petrolero.

"Eva —dice Franco— no menos que Perón, tenía una oceánica alma de pirata". De ocasional amante de militares y oscura actriz de radio-teatro, Eva sube a la categoría de primera dama de la república y se convierte, por medio de la fundación que lleva su nombre, en "la providencia con faldas del país". No es ajena al encumbramiento de Eva, observa Franco, la aparición de un numeroso proletariado femenino en fábricas y talleres, tan falto de conciencia revolucionaria, como el proletariado masculino que catequizaba Perón. Franco disiente con Martínez Estrada que ve en las masas peronistas un "lumpenproletariat" sin precisa caracterización social. Las masas peronistas integran nuestro auténtico proletariado —afirma— "mal que le pese al democratismo burgués". Aunque las diatribas antioligárquicas abundaron en todos sus discursos, Perón no se atrevió a tocar un palmo de tierra de los latifundistas a quienes Franco llama "los brahmanes del agro": "en 1955 el censo informaba que 160.000 chacareros disponían de 1 millón y medio de hectáreas, mientras 2.100 terratenientes tenían 53 millones...". Perón reorganizó la policía, dotándola de moderno instrumental: picana eléctrica, autos último modelo; aumentó enormemente los efectivos de las fuerzas armadas, sus sueldos y privilegios; favoreció a industriales especuladores, asociándose con algunos de ellos; reprimió férreamente varias huelgas, dejando un dramático número de obreros torturados y "desaparecidos"... ¿Por qué siguió disfrutando hasta su caída, hasta hoy, del favor popular? Franco lo da a entender claramente: por el fervor anti-obrero, ni siquiera disimulado, de las clases dirigentes del país —ejército, clero, oligarquía— durante la época previa a su dictadura y posterior a su alejamiento compulsivo. Fervor anti-obrero que, en quienes medraron y ascendieron durante el régimen peronista, antes de convertirse en sus iracundos fiscales: los militares **libertadores** Aramburu y Rojas, se tradujo en pesados discursos inmbuídos de un patriotismo para elegidos y en medidas políticas y económicas tendientes a debilitar las organizaciones obreras y disminuir la cifra real de retribución de los asalariados, conforme a los postulados del nuevo dogma aligárquico: el de la libre empresa.

Nuestra verdadera historia es mucho más apasionante y sombría que la referida por Mitre, Grosso y Levene en sus manuales míticos. Hemos sido y continuamos siendo un país enfeudado al capitalismo imperialista por una oligarquía venal, en el siglo pasado principalmente compuesta por terratenientes —"las vacas gobiernan la política argentina", decía Sarmiento— y en el presente por sus legítimos herederos: consorcios latifundistas, sociedades anónimas agropecuarias, empresarios —del tipo de Jorge Antonio, Rogelio Frigerio, Álvaro Alsogaray, Arturo Acevedo— enriquecidos aceleradamente a la sombra de gobiernos cómplices, militares y políticos con impunidad patriótica para reprimir a la mayoría trabajadora y medrar a sus expensas. Un libro que trasunte semejante realidad, debe impresionar, por fuerza, como amargo y desolador. Sin embargo, para el lector que ahonde en su lectura y perciba, en el meollo de sus páginas, la integérrima confianza revolucionaria de su autor, "Biografía Patria" es un libro incitante, aleccionador, optimista.

LA PLUMA

Miro mi pequeña pluma de acero, pronta al trabajo, y pienso un instante:

Es descendiente legítima del genio más alto de la humanidad, del Prometeo que surgió en una lejana era geológica y robó el fuego de la Naturaleza. Es nieta de los rudos vulcanos que aprendieron a concentrar la llama en hornos de barro, separar el hierro de la escoria y dejar en la fundición el carbón indispensable. Es hija de los forjadores del Asia que descubrieron los efectos del temple, y fabricaron las hojas damasquinadas proveedoras de tronos. En ellas hay un átomo de la fatiga y de la angustia de los esclavos que faenaban con los grillos en los pies. Y como está hecha a máquina, veo hundirse en el pasado otra rama de su inmenso árbol genealógico. Ha salido de la palanca y de la rueda, de la mecánica y de la geometría; luce en ella un destello de Pitágoras y de Arquímedes, de Leonardo de Vinci, Galileo, Huygens y Newton. Ha salido del empuje del vapor cautivo de los émbolos, y si por la metalurgia se emparenta con la química, por el vapor se enlaza con la aerodinámica, y a la pléyade de los héroes industriales de la pesada centuria. Para crear la pluma, los mineros enterrados vivos penan en las trágicas galerías, al resplandor tembloroso de las lámparas. Por ella perecen, asfixiados o quemados por el grisú, aplastados por los desprendimientos, ahogados por las inundaciones subterráneas, o lentamente destruidos por la enfermedad. Y para llegar hasta mí, la pluma ha viajado a través de los continentes y de los mares, ha utilizado todos los recursos de la ingeniería civil y naval; para traérmela, el maquinista, colgado de la locomotora, ha pasado las noches, bajo el látigo de la lluvia, con la mirada fija en el vacilante fulgor que la linterna arroja sobre los rieles, y el maquinista del **steamer**, en la atmósfera febril de las calderas, ha espionado durante un mes la aguja de los manómetros, mientras el piloto consultaba la brújula y el marino interrogaba los astros. Los pueblos y los siglos, las ciencias y las artes, las estrellas y los hombres han colaborado para engendrar la oscura plumita de acero...

"La pasajero no es más que símbolo", decía Goethe. Y ciertamente la efímera pluma —tan efímera que por la labor de un día se anquilosa, se oxida y sucumbe— es símbolo de algo; maravilloso ejemplo de la asociación, representa el dominio de nuestra especie sobre la inquieta y amenazadora realidad. No podrían encerrarse en este humilde pétalo de metal tantos esfuerzos, tantos dolores, tantas ideas, tanto espacio y tiempo humanos si no fuese una verdad sublime que hemos domado el planeta, que transportamos la materia con la rapidez del viento y el espíritu con la del rayo, que hacemos uno por uno prisioneros a los salvajes seres sin forma que nos rodean, y nuestros ojos empiezan a medir la distancia que nos separa de otros mundos. No lo dudamos: cuando hayamos conseguido condensar toda nuestra alma, todas nuestras almas en un punto —acaso más exiguo que la pluma de acero— nos habremos

* De Rafael Barret, "Obras completas", 3 tomos, Biblioteca de cultura social, Ediciones "Solidaridad Obrera", París.

apoderado de lo infinito efectivamente. ¿Y qué es nuestra historia, sino la historia de la asociación?

¡Oh pluma modestísima, que cuestas una fracción de centésimo y eres hermana de millones de plumas tan modestas como tú, y como tú condenadas a una breve y baja existencia! ¡Yo te respeto y te amo, y me pareces mucho más bella que la orgullosa pluma de águila que recogieron para Víctor Hugo en una cima de los Alpes! Yo quiero morir sin haberte obligado a manchar el papel con una mentira, y sin que te haya hecho en mi mano retroceder el miedo.

EL PROYECTO AYARRAGARAY

Invitado por el Congreso argentino, el diputado Avarraagaray ha presentado un proyecto de ley sobre inmigración y prooaaanda obrera. Este proyecto es inmoral. Ciertamente que las leyes son esencialmente inmorales. El ideal mismo de la ley idéntica para todos es el colmo de la injusticia, por no tener en cuenta las morales variadas de los individuos. Para muchos débiles malvados, de una crueldad indisciplinada y cobarde, el deber de agredir en masa al extranjero cuando el gobierno lo exige es altamente moral, mientras para un santo, y para un número cada vez mayor de personas que no son santas, es deber inicuo. La única ley uniforme lealtísima sería la moral de un Francisco de Asís o de un Tolstói, pero al ser impuesta perdería su perfección. Las leyes son también inmorales a causa de su procedencia. Vienen del pasado, de épocas en que la humanidad era más bárbara, y todavía dentro de aquellas épocas, fueron obra de los hombres más inmorales, de los llamados hombres de acción, dueños del oro y de la política.

Las leyes proaresan haciéndose menos inmorales. Por imorearse de juicio, aumentan en flexibilidad y en piedad. Tienen a sobrepasar el nivel moral del medio, en vez de quedar rezagadas debajo de él. Tienen a permitir la marcha hacia el futuro, en vez de entorpecerla. Toda ley es un obstáculo. El progreso consiste en hacer posible el desarme de las leyes. La que propone el diputado Ayarraagaray no es un progreso sino un regreso. Es una ley incomprensiva y violenta, una ley de represión, una ley rusa contra la libertad de la palabra y del pensamiento y contra la publicidad de los debates judiciales. Es una ley de venganza secreta. Dejando aparte artículos referentes al anarquismo, resaltaré mejor el espíritu en que parece haberse inspirado el señor Avarraagaray. Bastan los primeros incisos del artículo primero para revelar el estado de alma de quien los compuso. Después de enumerar las diversas enfermedades que han de impedir al inmigrante desembarcar en la Argentina, el diputado niega la entrada a los que han sufrido condenas, y añade:

"Inciso d) Se prohíbe la inmigración de los mendigos y personas que, por su condición física y moral, representan una carga inútil para la sociedad."

Esto da frío. ¿Qué pensáis de un propietario que ponga en su casa el siguiente letrero: "Aquí no llame quien busca un pedazo de pan, un alivio para su carne enferma, un consuelo para su desesperación"? Ni el señor Ayarragaray ni uno solo de sus conciudadanos, por egoísta que fuese, atreveríase a deshonrar así sus umbrales. Y, sin embargo, se proyecta estampar tan terrible ¡**Vae Victis!** en los más altos de la gran casa

argentina; atestada de riquezas, enorme heredad de tierras y de sol, despoblada aún, a tiempo que cientos de millones de pesos improductivos se amontonan en las arcas. ¿Cómo sería lícito a la colectividad lo que no le es a ninguno de sus miembros? ¿Es un Estado que profesa la religión cristiana el que cierra sus puertas a los vencidos de la vida, y los arroja de nuevo a las amargas aguas del mar?

¡Cargas inútiles! De seguro que el empleado a quien se encomiende tal aforo no considerará carga inútil al leproso de corazón o de piel que llegue en camarote de lujo. ¿Encontraréis un sociólogo bastante profundo para separar en la dársena las **cargas inútiles** de las **cargas útiles**? Este enfermo puede ser un Cecil Rhodes, que arribó tísico a las playas de África del Sud. Este que sale de la cárcel puede ser un Valjean. Este aparentemente normal, y la regeneración de los aparentemente degenerados? ¿Rechazaréis en el puerto la carga inútil de los niños? ¿Distinguiréis qué es germen y qué es ceniza, entre dos pitadas de vapor?

¡Falso concepto de la solidaridad humana! No os creáis jamás ajenos a la desgracia que a vosotros acude sollozando. Una parte nos toca de cada lágrima y de cada gota de sangre que se derrama en el mundo.

EPIFONEMAS

Herid lo moral. Lo moral es lo real. Haced que el hombre se avergüence de obedecer. Suprimid el sacerdote, el capitán, el patrono, el **magister**. Matad el principio de autoridad donde la halléis. Que el hombre lo examine todo por sí. Que sea responsable de sí propio. Si cae, que sea siquiera porque se equivoca él, no porque se equivoca otro. Combatamos al jefe, a todos los jefes. Tenemos en nosotros cuanto necesitamos.

* * *

La cruz es el pasado. Es el signo de una época necesaria que ahora termina, de una forma moral y económica que no es útil. Nos sentimos libres de pecado. La leyenda de Adán no nos preocupa. No necesitamos que nos rediman de una falta imaginaria, sino que nos libren de la pobreza, de la fealdad y de la mentira.

El alma nos parece sublime, y el cuerpo también. No queremos hacer el cuerpo esclavo del alma, y el alma esclava de unos manuscritos viejos. No queremos gastar la vida en prepararnos un paraíso cómodo, sino en dejarla más fácil, más rica y más bella a nuestros hijos. No queremos depender de la misericordia de un Dios, sino ser nosotros mismos los sembradores del porvenir. Queremos fe, sí; fe en el hombre, y si la cruz significa un sacrificio, que signifique el nuestro.

* * *

Lo que hay que enseñarle al esclavo es que aborrezca su estado y se desprecie y se indigne; que ame la libertad más que su vida. No es cuestión de ciencia; no es ciencia lo que hace falta, sino conciencia. El hombre libre buscará la ciencia sin que se lo recomienden. El prisionero resuelto a evadirse buscará la lima que corte la reja. Aprender a leer es encontrar la lima. ¿Un libro?... Cosa admirable, si el libro corta la cadena y desnuda el espíritu.

Estados Unidos y América Latina *

Por el profesor Frank Tannenbaum

Hemos enmascarado y tergiversado nuestras relaciones con América Latina y con otras partes del mundo al hacer del anticomunismo el tema central de nuestra política exterior. Esto nos confirió una influencia poderosa en el mundo, hizo que fuera fácil colocar bajo nuestro bandera a individuos y naciones y simplificó la tarea de identificar a nuestros enemigos y de apartar a las ovejas negras que aparecían en medio de nosotros. La política exterior norteamericana podía adoptar todas las características de una gran campaña, incluso de una cruzada moral. Todo esto estaba muy bien. Por desgracia, adolecía de un defecto capital: esta política era una política negativa. Estábamos apasionados en contra del comunismo, pero no abiertamente en pro de la democracia. Y al adoptar esta postura de simples oponentes, acogimos como aliados a todos aquellos que se enrolaban bajo la misma bandera, aunque rechazaban todo lo demás que nosotros defendíamos. Lo que nos ocurría es que habíamos adoptado una posición ideológica puramente negativa. No sólo nos oponíamos al comunismo, sino que pensábamos que todos los que se oponían al comunismo eran también como nosotros mismos.

Y como ésta es una época de rápidos cambios sociales, nuestra oposición doctrinaria al comunismo tendía a identificarnos con los defensores del *statu quo*. En América Latina, cada dictador proclamaba su anticomunismo cada vez que suprimía las libertades de su pueblo y, en nombre de la defensa del mundo libre, perseguía a quienes pedían garantías constitucionales. La identificación de una inmóvil ideología anticomunista con la tiranía terminó siendo tan evidente que a los anticomunistas profesionales se les miraba como a agentes de la tiranía.

Nuestra actitud de simpatía para con los dictadores latinoamericanos ha hecho que las perspectivas de un cambio pacífico resulten más arduas, al contribuir a la desilusión de muchos elementos de la joven generación respecto a la democracia. Estos jóvenes han visto cómo una serie de esfuerzos reiterados de utilizar el proceso "democrático" para conseguir los necesarios cambios económicos y sociales se frustraron, a causa de la violencia y de la dictadura, y han observado nuestra complacencia, si no nuestra aprobación, ante estos dictadores y sus métodos. No es por ello de extrañar que muchos de esos jóvenes hayan llegado a la conclusión de que los Estados Unidos no creen en la democracia para los latinoamericanos por no considerarlos aptos para ella. Tampoco es de extrañar que se hayan vuelto hacia la violencia y hacia el gobierno autoritario como medio, quizá el único medio, de entrar definitivamente en el siglo XX a partir de la situación que hoy ocupan en el mundo. Estoy seguro de que nos gustaría poder rechazar esta acusación y decir

* El escritor norteamericano Frank Tannenbaum, profesor de Historia de América Latina en la Universidad de Columbia, publicó un estudio en la revista *Political Science Quarterly*, que el órgano del Congreso por la Libertad de la Cultura, "Cuadernos" dio a conocer en su edición —Nº 53, octubre 1961— destinada al tema "América Latina frente a su destino". Del mismo, son los fragmentos que reproducimos.

que, si en América Latina existe una moderna generación de jacobinos, sus lecciones las han aprendido de otras personas, a saber, los comunistas. Pero muchos de esos latinoamericanos no son comunistas; simplemente, han perdido su fe en el proceso democrático, no creen que pueda funcionar en la situación de pobreza, de analfabetismo y de rigidez social que caracteriza a la parte del mundo en que ellos viven. Y nosotros somos responsables, quizá más de lo que queremos reconocer o de lo que se nos echa en cara, de que muchos miembros de esta generación abandonen su fe en los ideales y en los métodos democráticos. Si hubiésemos denunciado a Batista por haber derrocado a un gobierno legítimamente elegido, y hubiésemos ofrecido nuestra ayuda para restablecer a éste, con toda seguridad nunca hubiese existido Fidel Castro. Y si hubiésemos adoptado una actitud similar en Venezuela, Perú y Colombia, nuestra batalla contra el comunismo hubiese sido más eficaz y no se nos habría acusado de favorecer el establecimiento de dictaduras en defensa de la United Fruit Company, y lo que es más importante, habríamos reforzado la fe práctica de la democracia en América Latina.

La campaña anticomunista en América Latina ha demostrado ser una inversión poco rentable para Estados Unidos. La Ley McCarran sobre la concesión de visados para la entrada y el paso a través de Estados Unidos nos ha hecho crear más enemigos en Latinoamérica que casi todas las demás decisiones oficiales, convirtiendo en enemigos a quienes eran nuestros amigos naturales. El Departamento de Estado debe de guardar en sus archivos miles de quejas procedentes de embajadores y funcionarios consulares norteamericanos, así como de ciudadanos privados, en relación con el daño que la aplicación de las disposiciones de la ley ha supuesto para el buen nombre de Estados Unidos. Pero nuestra actitud ha sido tan rígida, y tan sensible ha sido la opinión norteamericana al problema del comunismo, que cualquier estupidez a la que pudiera clasificarse como anticomunista podía convertirse en lo que los periodistas llaman una "vaca sagrada", es decir, algo que no podía someterse a la menor crítica. Y esto es lo que ocurrió con la Ley McCarran. A ello cabría añadir que la intimidación política, el temor a ser tratado de "blando con el comunismo", ha impedido que muchas personas que saben lo perjudicial que es la aplicación de las disposiciones de la ley las criticaran en público.

No podemos dejar las cosas aquí, pues entre la América del Norte y la del Sur existe una verdadera incapacidad para comunicarse, y ello no se debe sólo a que cada una se forma una imagen falsa de la otra. En cierto modo se nos ha escapado algo que en cambio tienen muy presente los latinoamericanos: el sentido de las pasiones que conmueven a la actual generación. En realidad, nosotros estamos lejos de los problemas y no somos capaces de comprender los fecundos sentimientos que despiertan cuestiones tales como el nacionalismo y el colonialismo en muchas regiones del mundo. Los pueblos de numerosos países se esfuerzan por conseguir un bienestar económico, escuelas para sus hijos, una alimentación suficiente, un sistema sanitario adecuado y una dignidad humana, pero especialmente una soberanía nacional y una libertad

frente al dominio extranjero. Para nosotros estos problemas ya no resultan reales; salvo por lo que se refiere a la cuestión de la segregación, nuestras preocupaciones son de orden diferente. Nos preocupan las cuestiones de la guerra fría, de la seguridad nacional, de la productividad y el empleo, del amontonamiento de automóviles en las carreteras, de la conquista del espacio, del exceso de estudiantes en nuestros colegios y universidades, de los excedentes agrícolas y de las sumas de dinero que podemos dedicar al desarrollo de las regiones preindustriales sin someter a una tensión excesiva al dólar norteamericano. Estas son preocupaciones muy distintas, que en consecuencia dan lugar a sistemas dispares de lenguaje. En un sentido muy real Estados Unidos y las regiones aún no industrializadas, entre ellas América Latina, viven en mundos separados, y las cuestiones que más preocupan a uno quedan fuera del área de las preocupaciones básicas del otro. No es que no nos comprendamos unos a otros. La realidad es que el diálogo se establece a diferentes niveles y que de hecho no nos hablamos los unos a los otros. Los problemas de la exploración espacial o de los proyectiles balísticos, los resultados del conflicto entre Estados Unidos y Rusia o el grado de desempleo y dislocación que pueda provocar la automatización son cosas que están fuera del alcance de las gentes de Haití y Ecuador.

* * *

Expresada con sencillez, la tarea con que tenemos que enfrentarnos en América Latina puede resumirse en una sola pregunta. ¿Qué puede hacer Estados Unidos para ayudar a llenar el foso que existe entre el ingreso medio anual de 2.500 dólares en América del Norte y los 200 dólares en América Latina? No estoy seguro de saber lo que estas cifras significan. En todo caso, son cifras oficiales del gobierno y de las agencias federales de Norteamérica. Sea lo que sea lo que las mismas signifiquen, la diferencia entre los ingresos es tan grande que, hasta que no se consiga disminuirla, no cabe esperar que los pueblos latinoamericanos se identifiquen con nuestras aspiraciones, proyectos o decisiones políticas. No estamos realmente embarcados en el mismo barco, a pesar de toda nuestra predicación, de las actividades conjuntas de la Organización de Estados Americanos y de nuestras mutuas campañas anticomunistas. No podemos esperar que los pobres de Haití, los indios del Perú o los "rotos" de Chile comprendan la política norteamericana o se asocien con los ideales económicos y políticos norteamericanos. Los gobiernos de Latinoamérica ofrecen una adhesión puramente de fachada o tratan honradamente de identificarse con Estados Unidos, pero en uno como en otro caso las familias gobernantes se hallan tan lejos de su propio pueblo como nosotros. Y esto no hace sino complicar el problema. No quiero decir que el cambio en el bienestar económico es lo más importante. Lo que sí afirmo es que el esfuerzo para elevarse de los 200 dólares actuales de ingreso medio anual en Latinoamérica a los 2.500 de América del Norte suscitara tal número de actividades, de intereses y de conflictos y afectaría tanto a la visión popular del mundo, que los latinoamericanos se verían en mejor posición para comprender y compartir nuestra concepción de la vida y nuestros ideales políticos.

por Rudolf Rocker

Ha sido Pedro Gori uno de nuestros mejores combatientes y un idealista infatigable que ha contribuido poderosamente a la difusión del anarquismo en Italia y en otros países. Ha sido también uno de los oradores más elocuentes e influyentes de nuestro tiempo. Sus discursos eran obras maestras en todo el sentido de la palabra y producían una impresión inolvidable en el ánimo de sus oyentes. Su maravillosa fuerza oratoria fue asimismo la causa porque la vida de este hombre haya sido una larga cadena de crueles persecuciones. El gobierno lo temía sencillamente sabiendo que la influencia de sus discursos era ilimitada.

Pedro Gori nació en 1869 en Messina. Su padre era oficial del ejército y su madre, Julia Lossoni, pertenecía a la aristocracia de Toscana. Llevaban sus padres una vida desahogada y por eso la juventud de Pedro fue dichosa.

Gori estudió Derecho en las universidades de Liorna y Pisa. Era todavía muy joven cuando se puso en contacto con el movimiento anarquista de Italia. Bajo el influjo poderoso de Miguel Bakunin, Carlos Caffiero, Andrea Costa y Enrique Malatesta, ese movimiento tomó un vasto impulso durante las últimas décadas del siglo pasado. Después del levantamiento de Benevento, en 1877, inicióse una terrible reacción en toda Italia. Se perseguía a los anarquistas igual que a las bestias salvajes. Centenares de compañeros padecían en las cárceles. El parlamento italiano votó una ley de excepción contra los anarquistas y disolvió todas las organizaciones públicas de la Internacional. Poco después comenzó la propaganda conspiradora con sus persecuciones y sus víctimas incontables. Cuando Gori llegó a conocer el anarquismo los tiempos eran ya más favorables. Nuevamente aparecían varios periódicos y en las ciudades y aldeas se había reanudado la propaganda oral.

Pedro tenía dieciséis años cuando habló por primera vez en una reunión. Algunos de sus primeros discursos aparecieron entonces en un folleto, *Pensieri ribelli*, que fue confiscado en seguida. Gori fue ocsado y en 1877 apareció ante el jurado de Pisa. Enrique Ferri defendió en esa ocasión al joven estudiante, pronunciando uno de sus más brillantes discursos. El proceso terminó con la absolución de Gori.

Pero poco después empezaron nuevamente las persecuciones. En Ancona los obreros celebraban por primera vez el 1º de Mayo. En la vieja ciudad libertaria inicióse un vasto movimiento huelguista que provocó sangrientos choques con la policía. Gori se hallaba a la vanguardia del movimiento y la policía hizo recaer sobre él la "responsabilidad moral" de los sucesos. Fue condenado a un año de prisión. Y aunque la Cámara de Apelaciones revocó más tarde la pena, Gori ya la había cumplido.

En 1891 Gori se trasladó a Milán. Allí rindió su examen de abogado, pero todo su tiempo libre lo dedicaba a la propaganda anarquista. Celebró centenares de asambleas y sus excepcionales cualidades de orador

* Capítulo del libro "Artistas y Rebeldes".

atrajeron a millares de personas. Ese mismo año participó en el congreso anarquista de Coppo, junto con Malatesta, Cipriani y Merlino. A su vuelta a Milán fundó el periódico "L'Amico del popolo". De los 27 números que aparecieron casi todos fueron confiscados, pero la policía siempre llegaba tarde. Al mismo tiempo Gori actuaba también como abogado, interviniendo en varios grandes procesos políticos.

Con la mayor energía atacó al socialismo parlamentario y a los dirigentes del reformismo en Milán; esa campaña halló una expresión interesante en su periódico y en las asambleas; mas dicha campaña la desarrolló siempre en el terreno de las ideas, evitando los motivos personales. Al propio tiempo que combatía a los reformistas en varios congresos, estaba ligado por una antigua e íntima amistad con Felipe Turati, el jefe del reformismo italiano.

En Milán publicó Gori tres tomos de poesías y de estudios literarios y además seis folletos anarquistas. Gori era un verdadero italiano: el instinto del arte constituía en él una especie de herencia nacional. En sus discursos y en sus escritos reconocíase siempre al artista. Sus versos pertenecen a lo mejor que ha producido la moderna poesía italiana y recuerdan frecuentemente las formas y los ritmos de Ada Negri. Muchas de sus poesías rebeldes son cantadas en el mundo revolucionario de Italia, como por ejemplo "La canción de los presidiarios", "La canción del Primero de Mayo" y el bellissimo himno "Santo Caserio". Gori fue también autor de varias piezas de teatro que han sido puestas en escena con todo éxito en Milán y otras ciudades italianas.

En 1894 el anarquista italiano Santo Caserio mató a Sadi Carnot, presidente de la República Francesa. Una reacción terrible se declaró en Francia y en Italia. La prensa policial de este último país exigía una nueva ley de excepción contra los anarquistas y atacó principalmente a Pedro Gori, a quien hacía cargar con la responsabilidad moral del atentado. Caserio había frecuentado varias reuniones en que hablara Gori y éste lo había defendido años antes, en su calidad de abogado, ante los tribunales de Milán. De esto dedujo la prensa policial que Gori era el maestro de Caserio y el causante "moral" del atentado de Lyon.

Poco después el gobierno italiano promulgó una nueva ley contra los anarquistas y Gori se vio obligado a abandonar el país. Cruzó la frontera francesa, pero fue arrestado inmediatamente y expulsado de allí. Entonces se refugió en Lugano, en la Suiza italiana; mas el gobierno italiano insistió tanto ante los republicanos suizos que éstos expulsaron al odiado anarquista, junto con muchos otros camaradas.

Gori se dirigió a Alemania, pasando por Holanda, donde se quedó algunas semanas con Domela Nieuwenhuis y los anarquistas holandeses. Poco tiempo después llegó a Londres, donde tomó parte activa en el movimiento. En aquel tiempo Londres era el centro de todos los perseguidos. Malato, Malatesta, Luisa Michel, Emil Pouget y muchos otros se veían obligados a vivir en Inglaterra debido a las leyes de excepción que regían en Francia e Italia. Gori y Malatesta desarrollaron una enérgica y provechosa campaña entre los residentes italianos en Londres y el vigoroso talento oratorio del primero atrajo a centenares de personas.

En 1895 se trasladó Gori a los Estados Unidos con el objeto de realizar allí y en el Canadá una gira de propaganda. Su éxito en América fue extraordinario; habló en todas las grandes ciudades entre Nueva York

y San Francisco, celebrando más de cuatrocientos mitines. Pero ese esfuerzo constituyó un peligro para su salud. En 1896 volvió a Londres como delegado al congreso socialista internacional. Poco después cayó gravemente enfermo y estuvo varias semanas en un hospital. Su estado seguía empeorando, cuando decidió volver a Italia no obstante el peligro a que se exponía de ser enviado a "domicilio coatto", la Siberia italiana.

Empero, los diputados Imbrianni y Bovio plantearon el asunto en el parlamento y el gobierno declaró que no molestaría a Gori mientras éste se mantuviese tranquilo. Gori pasó cierto tiempo en la isla de Elba, enfermo, extenuado. Sin embargo, el gobierno no lo perdía de vista y todo un ejército de vigilantes y pesquisas merodeaba siempre alrededor de la casa del paciente.

Transcurrió mucho tiempo antes de que Gori recobrase la salud. Abandonó a Elba y se fue a Milán, donde reanudó sus actividades en favor de sus ideas. No era posible en este tiempo realizar asambleas públicas porque los anarquistas estaban excluidos de los derechos civiles. Gori empezó a organizar las llamadas reuniones privadas, valiéndose de algunos subterfugios de la ley. Pero la policía cuidaba cada uno de sus pasos. En Milán se había erigido un monumento a los combatientes de la revolución italiana. Gori fue uno de los oradores en el acto de la inauguración y pronunció uno de sus más notables discursos. Entonces el gobierno le hizo saber que lo mandaría a "domicilio coatto" si llegara a hablar nuevamente.

Poco después defendió a Malatesta y a sus compañeros ante el tribunal de Ancona. Su defensa fue una de las acusaciones más vehementes contra la reacción y un desarrollo maravilloso de la doctrina anarquista.

Algún tiempo después de la sublevación de Milán, en la cual 300 hombres y mujeres cayeron bajo las balas de los soldados, la policía trató de arrestar a Gori y sólo por una casualidad éste consiguió huir al extranjero. Más tarde el consejo de guerra lo condenó a doce años de cárcel por considerarle causante "moral" del levantamiento.

Gori se trasladó a la Argentina donde desarrolló una espléndida propaganda. Los estudiantes y los profesores lo invitaron a dar una serie de conferencias en la Universidad. Disertó allí sobre sociología criminal cautivando la atención del auditorio. Más tarde fundó una revista científica de psiquiatría y criminología. Al mismo tiempo viajó por toda Sudamérica difundiendo por doquier las enseñanzas del anarquismo. Por encargo de la Sociedad Científica Argentina, tomó parte en una expedición a Tierra del Fuego y a la Patagonia, publicando luego un brillante informe acerca de sus viajes.

La amnistía de 1902 dio a Gori la posibilidad de volver a Italia. La propaganda libertaria se había desarrollado nuevamente. Junto con Luigi Fabbri fundó la excelente revista "Il Pensiero", una de las publicaciones más importantes de la literatura anarquista. Pero la policía no lo dejó en paz. Las persecuciones contra él fueron tan violentas que el parlamento tuvo que intervenir.

Esas persecuciones constantes obligaron a Gori a abandonar nuevamente a Italia. Se dirigió a Palestina y al Egipto, mostrándose en todas partes muy activo por la causa. En 1905 volvió a Italia, gravemente enfermo. La dolencia no le permitió desarrollar gran actividad; sin em-

bargo, luchó hasta sus últimos momentos por nuestras ideas. Publicó todavía varios folletos y un tomo de poesías. El 7 de enero de 1911 falleció en la isla de Elba, a los 42 años de edad.

La triste noticia se propagó por toda Italia, pues Gori era una de las figuras más populares del movimiento revolucionario de ese país. Su sepelio dio lugar a una de las demostraciones más grandiosas. Todas las organizaciones revolucionarias enviaron delegados y coronas. Millares de personas acompañaron al amado extinto a su último reposo. El pueblo entero estaba de luto, porque todos sabían que Pedro Gori había sido el amigo leal de los pobres y explotados, un verdadero profeta de la revolución social.

Febrero de 1937 y Enero de 1938: Dos Congresos de la C.N.T. Española

Por Jacinto Cimazo

En medio de las mayores dificultades y de las zozobras de la guerra, las organizaciones libertarias realizaron numerosos plenos, congresos, conferencias, asambleas, reuniones y actos en que intervenían los propios trabajadores, sus delegados, sus organismos relacionadores, sus militantes más activos. Hubo una preocupación constante por consultar a la "base" sobre todos los problemas, practicando un federalismo sólo restringido por apremios y exigencias de la lucha armada y de las graves circunstancias que se vivían. Podrían llenarse varios volúmenes con la descripción de los centenares de actos de ese carácter. Tanto la Federación Anarquista Ibérica (F.A.I.) como la Confederación Nacional del Trabajo (C.N.T.) y la Federación Ibérica de Juventudes Libertarias (F.I.J.L.), por ser integrantes de un movimiento hostigado por los sectores reaccionarios y colocado siempre frente a las maniobras y traiciones de los comunistas y sus instrumentos de otros partidos (como Negrín, verbigracia), adoptaron proposiciones, acuerdos, planes y procedimientos relacionados con cuestiones económicas, políticas, militares, internacionales, etc., que merecerían una recopilación ordenada como documentación básica de la guerra y la revolución protagonizadas por el pueblo español. Aquí sólo daremos breves datos de dos de esas reuniones, que pueden contribuir a formar juicio sobre la capacidad constructiva del proletariado y su sentido profundo de la responsabilidad.

A fines de febrero de 1937, se efectuó en Barcelona un Congreso de Sindicatos de la C.N.T., de Cataluña. Estuvieron representados en él más de 1.200.000 afiliados. Entre los temas del orden del día figuraban la situación política, los sabotajes del gobierno central contra la región catalana, la situación militar, la eliminación de industrias y trabajos superfluos y otros. El más importante asunto a considerar, fue el de la adopción de una nueva estructura económica y sindical para los fines constructivos de la revolución, previo estudio de las experiencias cumplidas, las fallas y errores, las consecuencias del localismo y del egoísmo

de empresa, las desviaciones burocráticas y la falta de coordinación entre empresas y entre las industrias y las colectividades campesinas.

Se adoptó una estructura de doce sindicatos de industria, cuyas funciones y campos de influencia fueron perfectamente establecidos; fueron los siguientes: de Industrias Agrícolas, Pesca y Alimentación; de Industrias Textil, Vestir y Anexos; de Industria de Luz, Fuerza y Combustible; de Industrias Siderometalúrgicas; de Industrias Químicas; de Industrias de la Madera, Construcción y Decoración; de Industrias del Papel y Artes Gráficas; de Ramos de Distribución y Administración; de Ramos de Comunicaciones y Transportes; de Sanidad, Asistencia Social e Higiene; de Enseñanza y Profesiones Liberales; de Industria del Espectáculo.

Partiendo de abajo hacia arriba, se establecieron como organismos básicos los Comités Técnico-administrativos de lugar de trabajo, de sección, de industria local y regional, cuya forma de elección se precisó en sus menores detalles. Este sistema permitía una coordinación integral dentro de una misma industria. Para vincular y coordinar a las distintas industrias entre sí se adoptaron los llamados Consejos de Economía que según su radio de influencia se denominaron local, comarcal, regional y nacional. Se especificaron todas las funciones de los Comités Técnico-Administrativos y de los Consejos de Economía. Como problemas directamente conectados a la buena marcha de la economía y de la estructura adoptada, se analizaron los procesos de trabajo desde la fuente de la materia prima hasta el taller de producción, ciertas interferencias técnicas en industrias distantes, las relaciones con otros sectores productivos, el intercambio entre ciudad y campo, y otros.

Informes, ponencias, debates y resoluciones de este Congreso se reunieron en un grueso volumen editado por la Regional catalana.

Convocado por el Comité Nacional de la C.N.T., y previa la preparación propia de una reunión de tanta envergadura, llevóse a cabo en la ciudad de Valencia, en el mes de enero de 1938, un extraordinario congreso económico confederal del que daremos apenas un esbozo limitado.

Estuvieron representados 1.600.000 afiliados y presentes 273 delegaciones directas; 649 delegados; 115 Federaciones Comarcales; 90 Federaciones Locales; Federaciones Nacionales y Regionales de Industria. El orden del día comprendía temas de vital interés, entre los cuales figuraban: Reajuste de las Federaciones de Industria. Normas para la retribución del trabajo. Planificación económica integral. Normas de organización del trabajo. Inspectores o delegados de trabajo. Creación del banco sindical. Creación de cooperativas de consumo. Estructura y funciones de los organismos técnicos de la C.N.T. Funciones del Consejo Económico Confederal.

De los acuerdos adoptados, extraemos la mención que sigue: Estructura sindical de 21 Federaciones de Industria; creación del Consejo Económico Confederal; estructuración de los Consejos Técnico-administrativos de Centro de Producción, de Sección, de Ramo, de Industria, Regional y Nacional de Industria; Estructuración de los Consejos de Economía, formados así: los Locales, por delegados de los Consejos Técnico-administrativos de Industria locales y un delegado de la Federación Local de Sindicatos; los Regionales, por 6 delegados permanentes y 2 de cada

Comité Técnico-administrativo Regional, además de 2 delegados del Comité Regional de Sindicatos; el Consejo Económico Confederal (C.E.C.) por delegados de los Comités Técnico-administrativos Nacionales, delegados de las ramas principales de cada Federación Nacional de Industria y un delegado del Comité Nacional de la C.N.T. De esta manera se entrelazaban los organismos económicos entre sí y con la organización sindical.

Otros acuerdos: creación de Cooperativas de Consumo en todas las localidades, estableciéndose grandes almacenes de distribución; clasificación de tipos de unidades económicas de integración completa por trabajadores de la C.N.T., de integración mixta C.N.T. - U.G.T. y otros, así como en empresas colectivizadas, socializadas, talleres o tiendas confederales, cooperativas de producción, colectividades campesinas y compañías mercantiles.

Entre las normas para el funcionamiento del C.E.C., señalamos algunas de las abarcadas en siete incisos: crear, orientar, administrar, controlar o intervenir entidades, organismos, etc., de carácter económico o de tipo mixto sindical-económico que se considere necesario instituir para la ejecución o cumplimiento de los acuerdos del Consejo; fortalecer la economía de las Federaciones Nacionales de Industria; disponer de caudales confederales para la realización de planes económicos; centralizar la administración contable y estadística de toda la economía confederal; obtener la reducción de costos de producción, el perfeccionamiento de instalaciones, la humanización del trabajo, el abaratamiento del costo de vida, el aumento del bienestar general, sobre la base del igual derecho de cada uno de los componentes de cuerpo social al consumo y de la equitativa utilización de su capacidad productiva y cooperativa.

No debemos omitir un hecho singular que debe ubicarse en el período angustioso de la guerra contra las fuerzas del fascismo, después de año y medio de sacrificios sin límites y con perspectivas inciertas por delante para valorarlo en todo su mérito y alcance. En el Pleno Económico que comentamos se estudiaron y aprobaron normas para la coordinación de la economía confederal, sin esperar la creación de organismos mixtos C.N.T. - U.G.T. pero se hicieron provisiones para su futura ampliación a la economía de toda España.

* * *

La experiencia constructiva cumplida en España se debió a la capacidad creadora de los trabajadores, a su educación libertaria, a su trayectoria revolucionaria, a su pasión por la libertad y por la auténtica justicia. Ella permite comparar el valor positivo de una transformación social desarrollada al margen de todo poder, de cualquier dictadura, de la tutela estatal, de la hegemonía de un partido, con las nefastas desviaciones totalitarias de otras revoluciones (como la rusa de 1917, la alemana, la húngara, la china, la cubana, etc.) copadas por partidos y camarillas dictatoriales. Y pone en evidencia que la sociedad, su economía, su compleja estructura, pueden funcionar sin la dirección de los capitalistas, de los patronos, de los funcionarios del gobierno, es decir de acuerdo a principios solidarios, cooperativos, socialistas, aplicados en clima de libertad, sin que se produzca el caos ni la descomposición social.

Ediciones RECONSTRUIR

El Nuevo Israel, por Agustín Sauchy.

160 páginas. Precio del ejemplar m\$n. 35.—

El otro Rosas, por Luis Franco
Segunda edición, 340 páginas

Pasión de justicia, por Iris T. Pavón

Recopilación de poesías

128 páginas. Precio del ejemplar: m\$n. 10.—

◆ colección "RADAR"

- 1 La voluntad de poder como factor histórico, por Rudolf Rocker. (Agotado)
- 2 Reivindicación de la libertad, por G. Erneston. 68 páginas. m\$n. 10.— el ej.
- 3 Ni víctimas ni verdugos, por Albert Camus (Segunda edición ampliada). 100 páginas m\$n. 30.— el ej.
- 4 Antes y después de Caseros, por Luis Franco (Agotado)
- 5 Origen del socialismo moderno, por Horacio E. Roque 68 páginas. m\$n. 10.— el ej.
- 6 El cooperativismo puede evitar la guerra, por James P. Warbasse. 68 páginas. m\$n. 10.— el ej.
- 7 Capitalismo, democracia y socialismo libertario, por Agustín Sauchy. 68 páginas. m\$n. 10.— el ej.
- 8 Arte, poesía, anarquismo, por Herbert Read. (Agotado)
- 9 Alejandro Korn, filósofo de la libertad, por Francisco Romero. 68 páginas. m\$n. 10.— el ej.
- 10 Biografía sacra, por Luis Franco. 68 páginas. m\$n. 10.— el ej.
- 11 La solución federalista en la crisis histórica argentina, por Juan Lazarte. 68 páginas. m\$n. 10.— el ej.
- 12 La Revolución popular húngara, por autores varios. 100 páginas. m\$n. 10.— el ej.
- 13 Albores de libertad, por Eugen Relgis. 100 páginas. m\$n. 25.— el ej.
- 14 Bolcheviquismo y anarquismo, por Rudolf Rocker. 84 páginas. m\$n. 20.— el ej.
- 15 La contrarrevolución estatista y Socialismo y humanismo, por 84 páginas. m\$n. 25.— el ej.
- 16 Testimonios sobre la revolución cubana, por Agustín Sauchy. 68 páginas. m\$n. 20.— el ej.

SERVICIO DE LIBRERÍA

Remitimos cualquier libro existente en plaza, en condiciones muy ventajosas. Solicite informes y haga sus pedidos por correo a Editorial Reconstruir, Casilla de Correo 320, Bs. As.

ejemplar:
precio del
m\$ n. 20.-